CETYS UNIVERSIDAD

Cuaderno amarillo

ANTOLOGÍA DE CUENTO DEL SEMINARIO DE CREACIÓN LITERARIA DEL CETYS UNIVERSIDAD

Joel Flores
(Antologador)

Cuaderno amarillo

Antología de cuento del Seminario de Creación Literaria del Cetys Universidad

Centro de Enseñanza Técnica y Superior
Programa Editorial del Cetys Universidad

Dr. Fernando León García
Rector del Sistema Cetys Universidad

Dr. Alberto Gárate Rivera
Vicerrector Académico

Dr. Jorge Rocha Yáñez
Vicerrector de Operación

C.P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dr. Jorge Ortega Acevedo
Coordinador del Programa Editorial

Jéssica Ibarra Ramonet
Directora Zona Costa
Yavé Castellanos
Director de Vida Estudiantil, Campus Tijuana
Yvonne Arballo
Coordinadora de Difusión Cultural, Campus Tijuana

Cuaderno amarillo

Antología de cuento del Seminario de Creación Literaria del Cetys Universidad

Joel Flores
(antologador)

PQ 7298 .13 C48 C83 2016

Cuaderno amarillo : antología del seminario de creación literaria del Cetys Universidad / coord. Joel Flores.— Mexicali : Instituto Educativo del Noroeste, A.C., 2016

104 p. ; 21 cm.

Incluye índice

ISBN: 978-607-96277-7-5

1. Literatura mexicana – Siglo XXI

RmR/Del 210915

Cuaderno amarillo. Antología de cuento del Seminario de Creación Literaria del Cetys Universidad

D. R. © Programa Editorial del Cetys Universidad,
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.,
Calzada Cetys, colonia Rivera s/n, Mexicali, Baja California,
C.P. 22159. Tel. (686) 557-3700.
www.cetys.mx

Primera edición, Mexicali, Baja California, 2016.

ISBN: 978-607-96277-7-5

Edición y formación: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Diseño de interiores y cubiertas: Rosa Espinoza
Ilustración de cubierta: Laura Ethel Briseño y Juan Carlos López
Ilustraciones en interiores: Laura Ethel Briseño
Concepto editorial: Joel Flores

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del Cetys Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

Índice

Viajar en bicicleta 9
Joel Flores

Baby, please don't go 13
Adriana Morga

Los recuerdos de Genevieve 23
Alondra Deras

Hablar de ella 29
El recorrido 33
Marian Zaínos

El reflejo de la sombra 39
Karla Estanga

La isla de las siete almas.
Variación sobre un tema de Lovecraft 47
Gabriela Anaya

Navajas 53
Goteras 57
Cordelia Robles

La prometida del general 61
Jorge Martínez Durazo

Lara y el Negro 75
La medalla 83
Y. V. Arballo

Los autores 93

Viajar en bicicleta

Nuestro Seminario de Creación Literaria nació en febrero de 2015. Entonces las únicas herramientas que teníamos eran nuestro amor a la escritura creativa y las enormes ganas de enseñar. Al inicio comenzamos con tres alumnos, luego el grupo fue fluctuando en número. Pero permanecieron los estudiantes con mayor vocación literaria y con fuertes inquietudes de hacer literatura.

Nuestras intenciones siempre se han enfocado en enseñar que la escritura es un oficio que puede aprenderse conforme se lee y se escribe. Todos tenemos una historia que contar, porque tenemos una vida individual y en común con los otros. Los escritores no nacen, se hacen. Entonces, todos podemos serlo si antes aprendemos a leer las obras literarias de los maestros del cuento y la novela como modelo que puede ayudarnos a armar las nuestras. El talento, si se es tenaz, se forjará con la permanencia y la disciplina.

Algunos se preguntarán: ¿por qué un estudiante de ingeniería, mercadotecnia, psicología o derecho debe

obtener la habilidad de la escritura creativa, si el mundo se empeña cada día en respondernos que la literatura es poco indispensable para el desarrollo humano? Somos fieles creyentes de que la literatura humaniza, educa las fibras sensibles del lector. Una vez que leemos, dejamos de ser nosotros para convertirnos en los otros. La actividad de escribir un texto, la paciencia de revisarlo bajo una mirada crítica y la humildad de reescribirlo enmendando cada uno de los ripios bajo el objeto de ser mejor cada vez, no sólo nutre la habilidad escritural del redactor, lo convierte en un ser capaz de expresar sus emociones, juzgarlas y limarlas hasta que se ofrezcan casi limpias a nuestros semejantes. De allí que se presuma que el ejercicio de escribir ficción literaria empieza con el juego de la otredad, con el qué pasaría sí, el érase una vez o, incluso, con la catarsis liberadora que puede ser desteñida o entintada con la magia de las palabras.

¿Y cómo logramos esto? La mayoría de los estudiantes entraron al aula bajo el prejuicio de que el escritor es un ser iluminado, un personaje que cree que la voces siempre persuasivas de las musas le susurran mientras se esfuerza en escribir. Nuestra enseñanza, sin embargo, se centró en desdibujar ese paradigma mostrándoles que la escritura creativa se puede aprender como se aprende a viajar en bicicleta: los consejos dentro del seminario son las pequeñas ruedas que van fijas en la parte trasera del vehículo, bajo el servicio de darle seguridad y confianza a quien aprenderá a conducirla. Luego, al verlo paseán-

dose solo, quitamos esas ruedas para que por sí mismo agarre su propio camino.

Como formadores de este cuaderno amarillo nos gustaría decirte qué sorpresas encontrarás en sus páginas. Pero hacerlo equivale a privarte de la oportunidad de descubrirlas por ti mismo. Ven, entra, las historias siempre estarán abiertas. Todos son bienvenidos.

Joel Flores
18 de enero de 2016

Baby, please don't go

Adriana Morga

Era viernes, llevaba dos semanas sin bajarme, había salido agotadísima de los ensayos y cada una de las muchas veces que te llamé, porque no tenía a nadie que me recogiera, el teléfono me mandaba a buzón. No te buscaba para darte lata con lo de la regla. "Ya me tienes harto", decías, "entiende que te cuidé"; sino porque te había comprado un boleto para el recital del día siguiente, aunque antes te había dicho que no asistieras. Planeaba que fuera una sorpresa, pero la que terminó sorprendida fui yo.

Existía una infinidad de posibilidades de lo que pudieras haber estado haciendo. Me dolió la cabeza y mis oídos deseaban escuchar tu voz, ver esa mágica sonrisa tuya, esperándome afuera de la escuela, recargado en tu carro, vestido de camisa azul con los tres primeros botones desabrochados, *jeans* ajustados y tus *Ray-Ban*. Al verte, automáticamente sabía que tendríamos una aventura y que pasara lo que pasara, iba a divertirme sin pensar en el futuro. Sólo tenía que subirme a tu carro y

olvidarnos de todo, estar juntos, poner tu música fuerte que tarareaba sin comprender, porque apenas me estaba acostumbrando al idioma. Tú presionabas el acelerador para sentir la adrenalina corriendo por nuestras venas. En el trayecto pensaba que juntos el mundo no podía contra nosotros. Olvidaba la presión y el estrés que tenía: mis continuos fracasos cada que buscaba integrarme a "la cura local" de mis compañeras, el no poder hablar sobre el mentado *shopping* al otro lado, porque mis papás no completaban aún para tramitar la visa familiar, el perfeccionarme en los ensayos para conservar la beca, a mi madre diciéndome: "ya deja a ese cabrón"; una hora contigo se sentía como dos minutos y las locuras parecían las acciones más sensatas.

Mamá siempre me decía que tu interés hacia mí era calentura, que no estaba en edad para andar contigo, y que tu vagancia, la obsesión por los carros y la velocidad, las fiestas y el alcohol eran malas costumbres. Mi papá nunca quiso vernos juntos, decía que su peor error era habernos mudado a Tijuana, porque me estaba convirtiendo en una niña incontrolada. Por eso preferíamos fugarnos por las noches, cuando llegabas en tu carro, mientras yo me salía por la ventana de puntitas para meterme a la cabina e irnos lejos de la ciudad, de las restricciones, lejos de las luces y de mis padres. Conducías hacia un lugar pacífico, donde la luna era nuestra única compañera, la testigo de lo nuestro en la parte trasera de tu carro, la que observaba sin juzgar y nos aluzaba muy juntos fundidos con la noche. Pasábamos las madruga-

das en donde la brisa era refrescante y todo lo que hacía precioso el mundo era el deseo que teníamos el uno por el otro. "Tienes que adaptarte", me decías. "¿Si no cómo serás una verdadera fronteriza?". Luego tocabas mis dedos y me pedías que repitiera contigo: *fingers*. Tocabas mi pecho y añadías: *breast*. Elegías una de mis mejillas y precisabas: *cheek*. Y así ibas recorriéndome poco a poco hasta llegar a mis labios, y yo finalizaba: *lips*.

Las tardes del verano, cuando mis papás salían a buscar un mejor trabajo, ambos íbamos a la Internacional junto con tus amigos a jugar carreras. El premio eran cien dólares que siempre me prometías usar, si ganabas, para arreglarme los papeles. Te recuerdo pisando el acelerador y yo agarrándome fuerte del asiento y tensando las piernas. Sacaba la mano por la ventana, la fuerza del viento chocaba contra mis dedos. Mientras miraba el muro decorado por cruces, imaginaba cómo sería la vida de todos los que estaban al otro lado de la frontera. Y, aunque me daba miedo, te veía más feliz que nunca. Te concentrabas en la carretera y apretabas el volante como si jamás lo quisieras soltar. En cuanto rebasabas a alguien, subía el volumen a la radio y me imaginaba contigo lejos de mis padres, los ensayos, la escuela y mis compañeras presumidas.

Luego de caminar al carro de mi papá, volví a llamarte y tu celular me mandó al buzón. Mi corazón anhelaba creer que estabas ocupado, quizá te habías quedado de ver con aquellos amigos que decías me conseguirían la ciudadanía. Pero mi mente insistía que toda esa ausen-

cia tuya era una reacción por expresar tu desamor. Bien me lo decía mi madre: "sólo quiere diversión". Yo nunca me había sentido ignorada por mi novio. Y justo ahora, que tenía semanas de retraso, no sabía si te había fastidiado. Tú eras mayor, pero tus actitudes eran de un chico vulnerable traicionado por sus instintos. "Aguanta, *baby*, *please don't go*", me decías en la parte trasera de tu carro. Y para no perderte, prefería permanecer a tu lado la noche entera, aunque a la mañana siguiente me quedara dormida en clases. Al amanecer, cuando mis padres apenas despegaban los párpados, yo entraba a mi cuarto sin hacer ruido, me recostaba en mi cama y hacía como si nada hubiera pasado. Era mejor acordarme de lo que nos había sucedido, mantener en mi mente tu promesa de que pronto cruzaríamos a conocer a tus tíos, que escuchar los gritos fastidiosos de mamá diciéndome: "Ya párate, duermes mucho, ¿qué no vas a ir a la escuela?".

Arrancó el carro, íbamos por la Avenida Bellas Artes, para llegar a casa. Mi padre me preguntó cómo me había ido en los ensayos. "Bien, estoy cansada", lo evadí mirando el celular y la ventana. Cada vez que no contestabas el teléfono, pensaba en tus amigos gordos, inflados por la fiesta y la cerveza, que siempre hablaban sobre cómo hacer más potente un motor o los huecos donde podrían esconder la mercancía. "Pura bola de malandros", como les decía mi madre. Muchas veces los odié porque preferías irte con ellos que escaparte conmigo por las noches. Siempre ponías de pretexto que debían cruzar unos paquetes y, cuando te preguntaba más, me evadías.

Volví a llamarte. Al no contestar, creí que era otra de tus desbalagadas, que te habías ido de fiesta, como en anteriores ocasiones, y se te había olvidado el celular. Luego traté de calmar mis celos. Creí que lo de la regla en verdad te había preocupado tanto como a mí y decidiste desaparecer para pensar bien la solución, o que conseguiste más trabajo para poder cruzarnos antes de lo prometido. También podría ser que habías ido con tu papá a Los Ángeles, como a veces presumías: "a comprar unas buenas llantas para mi carro". O quizás, aunque me doliera admitirlo, estabas con Brittany, esa niña que te miraba con ilusión y a mí con rabia. Ella me hacía sospechar que tenían algo. Primero, fueron las llamadas insistentes. Luego, los cabellos rubios y largos enredados en el volante de tu carro, la ropa interior de mujer en el asiento trasero y el arete en la guantera. Nunca te reclamé por miedo. Temía que hicieras con ella lo mismo que hacías conmigo. Y mi madre jamás se hubiera equivocado: "seguro te pone el cuerno ese vago". Incluso, por más que me ardiera el estómago, traté de ser comprensiva las veces que me contabas cómo habían sido tus aventuras con otras mujeres: me presumías a la que conociste en el *market* y era cinco años más grande que tú; a la vecina voluptuosa que te invitaba a desayunar todos los sábados; a la vieja ésa que siempre te etiquetaba en las fotos de Facebook con mensajes en inglés que debía traducir en Google para entenderlos. Tus presunciones me hacían pensar que no estaba a la altura de tus necesidades, que me hacía falta edad, entender cómo

hablan los de Tijuana, comportarme como tú querías cuando estábamos en la parte trasera de tu carro. Aún recuerdo que te enojabas porque no sabía pronunciar cierta palabra (aunque a veces lo hacía para sentir que por primera vez alguien se preocupaba por mí), porque extrañaba el lugar donde nací, a mis amigos que dejé, a mis primas, sobre todo a los abuelos, o porque no tenía la misma "cura" que tus amigos y por eso me aburría en tus fiestas o me dejabas en la casa porque no tenía visa para cruzar.

Faltaban tan sólo unos metros para llegar a casa y mis papás seguían hablando. Yo hice como si no estuvieran allí. Me dolía la cabeza, no había comido bien por miedo a las náuseas. Ya no sabía si eran por el esfuerzo en los ensayos o por las horas sin dormir pensando en la regla. De pronto mamá empezó con su típico tono de chisme: "¿ya supiste lo de Lupita?, se comió la torta antes del recreo y nadie sabe quién es el papá. Tiene seis meses de embarazo y se le nota la panzota por más que quiera esconderla". "Ya se había tardado", respondió mi padre, "con esas minifaldas que usa y el poco respeto que le tiene a su familia, iba derechita a echar a perder su vida". "Híjole, caray, y con todos los vagos que se juntaba", añadió mi mamá. "¿De quién será?".

Los meses empezaron a transcurrir por mi mente como una película: sentí cómo mis padres me verían con ojos de decepción al saber que estaba embarazada, cómo aborrecerían mis hermanos a la menor, a la que siempre cuidaban y no rompía ni un plato; mi papá

no querría volverme a hablar; las maestras que siempre tuvieron confianza en mí y hasta querían ayudarme a conseguir una mejor beca académica me mirarían defraudadas. Seguro mi resbalón no saldría de la boca de todas las tías chismosas y los tíos panzones y las primas criticonas y mis compañeras de la escuela que no dejaban de decirme chilanga.

Debía considerar mis posibilidades: podría hacerme la prueba y salir de dudas; o podría esperarme a tu llamada; ambas me llenaban de angustia. Recordé todas esas pláticas del colegio: "Tienen que cuidarse, niñas, un bebé no es cosa fácil, su vida no será igual". Luego pasó como ráfaga por mi mente aquella clínica famosa en el círculo de las de sexto semestre. ¿Lo hago o no lo hago? Y si estoy, podía romper la caja de mis ahorros con los que quería pagarme la universidad y mejor acudir allí. Pero también podía esperar a que contestaras las llamadas y proponerte que con esos ahorros podríamos estar juntos un tiempo.

Mientras todos mis pensamientos daban vueltas y me mareaba, mis papás seguían discutiendo si mi prima era lo suficientemente madura para tener a su bebé o debía tomar otras medidas. "La viste", recordó papá, "ya casi va a parir y sigue vistiéndose igual. Parece que quiere que le hagan otro". Mamá decidió cambiar de tema, hablar de lo que faltaba de despensa en la casa, los servicios por pagar, el carro al mecánico, la deuda con el banco, impermeabilizar la casa, porque las lluvias no paraban, de que yo estaba ya en quinto semestre

y debían conseguir otro trabajo para ahorrar más y poder inscribirme a la universidad.

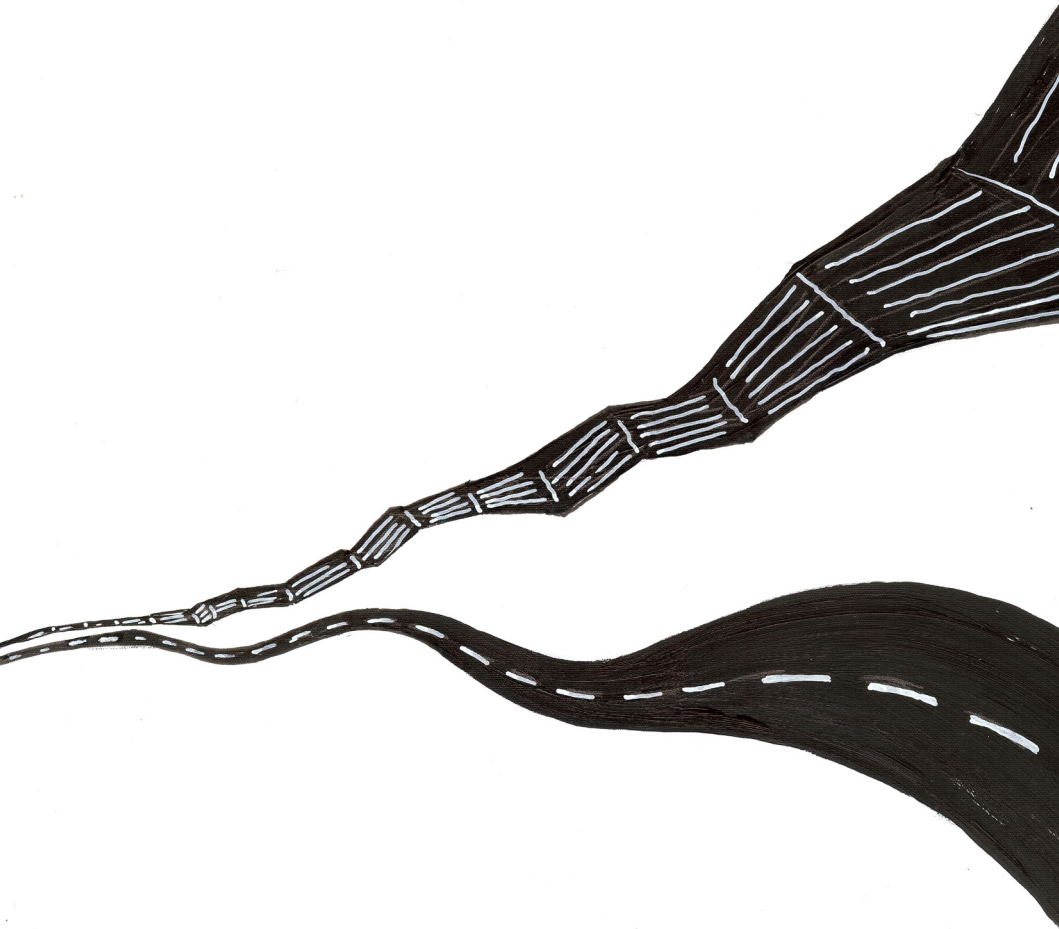
Y en eso, en cuanto vi que entrábamos a la cochera, rápido me bajé del carro, corrí a los botes de basura y devolví todas las preguntas que había estado haciéndome desde que te conocí. Al final, mis papás se creyeron la mentira de que me había esforzado mucho en los ensayos, en los exámenes y el café me había irritado el estómago.

Me contestaste hasta el tercer día, o bueno, debo confesar que de nuevo fue el buzón de tu teléfono. Esa tarde escuché tu mensaje de voz más de diez veces: "si me buscas para *business, call three fucking times* y si me llamas por amor, morrita, *wait for my call*". Hasta que te grité: "Cállate y respóndeme dónde estás, no puedo volverte a dejar un mensaje si no dejas de hablar como idiota". Entonces me sentí estúpida, agarré todos los regalos que me habías hecho y los aventé por la ventana. Mis padres estaban arreglando las jardineras de la cochera y me miraron como miraban a mi prima la embarazada. Pero no se atrevieron a preguntarme: "¿qué le pasa a ésta?".

Esa tarde decidí hacerme la prueba de embarazo. Mientras estaba en el baño, los momentos pasados estaban presentes en mí. Y no había ni una clave que me llevara a la respuesta de cuándo te dejé de importar. Habría sido mejor que le hubiera hecho caso a mi madre. No estaba en edad para hablar del amor, ni fundirme contigo y con la noche, ni romper amarras con el mundo

en la carretera. Ya te había perdido. El novio atrevido, guapo y alegre, que me hacía sentir afortunada.

Nuestro amor duró lo que la vida dio oportunidad. Ahora debía enderezar mis actos, como siempre decía mamá. Uno de tus amigos me escribió un mensaje para enterarme de lo que te pasó cuando huías de la *border patrol*. Imagino que te fuiste con una sonrisa en el rostro: tus días terminaron en tu lugar favorito, la carretera. Al final, todas estas palabras que te he escrito, te las traigo a tu funeral, así como el resultado de la prueba de embarazo.



Los recuerdos de Genevieve

Alondra Deras

Genevieve se sentía desmesuradamente sola. Pero no era una nostalgia común, como la que sentían los habitantes de las grandes ciudades. Sino una soledad por los que se le habían ido.

Durante las mañanas miraba alrededor de su habitación, llena de todo tipo de recuerdos recolectados a lo largo de su vida; memorias que ahora sólo compartía con ella misma. Esa mañana observó sonriente a su primera muñeca, aquella a la que tanto había adorado desde la primera vez que la vio en la vitrina de la tienda de don Pedro. El juguete la había acompañado en incontables momentos, como cuando lloraba porque su madre no le cumplía algún capricho o cuando jugaba con sus amigas en el patio de la casa.

Luego vio la rosa blanca marchitada, recuerdo del funeral de su abuela Tita, quien en realidad se llamaba Genevieve, igual que ella. Desde esa pérdida empezó a llorar mucho por la muerte de su ser querido más amado y, con apenas catorce años cumplidos, resintió aún más

la ausencia de su familiar. El día de su entierro se puso el vestido negro más hermoso que cualquiera en la ciudad había visto. ¡Y cómo no!, si fue hecho por la mismísima diseñadora de modas más importante y reconocida. En otras palabras, su mamá.

De tan sólo pensar en la prenda, a Genevieve se le vinieron a la mente las caras sorprendidas de los habitantes ante la belleza del vestido cuando ella lo portaba. A cualquier niña influenciada por la vanidad le habría gustado tener todos aquellos ojos puestos en esa seda. Sin embargo, esa mañana le enojó ser el centro de atención. Se suponía que su querida abuela estaba muerta y todos debían guardar luto por tan triste evento. Ella no merecía tanta atención. Fue mucha su incomodidad ante las miradas en pleno velorio, que sujetó con fuerza la rosa blanca, se encajó las espinas en las palmas y no le quedó de otra que quedársela, pues no le daría a su difunta abuelita una rosa masacrada.

Genevieve rio por aquella tontería y caminó al tocador. Observó las nuevas arrugas en su rostro y su cabello blanco como la escarcha. Abrió su joyero y agarró con ternura la perla que había adentro. Tras haber pasado seis años de la muerte de su Tita, Genevieve se animó por fin a verla en el gran cementerio que se encontraba justo al lado de la ciudad. Era momento de hacer el duelo a un lado. Frente a la tumba se armó de valor para hablar con ella y le preguntó por qué decidió criar a su familia justo en Laudamia y cuál era la receta de los chiles en nogada. Muchas veces, en su adolescencia, intentó saber esto

por medio de su madre. Pero no consiguió respuesta las veces que se lo preguntó. Había huecos en la vida de sus antecesores y lo único que sabía de su pasado fue que su abuela Tita había dejado Francia para vivir un tiempo en México y, tras unos años, regresó.

Cuando Genevieve se había retirado de la tumba de su abuela y se había retirado del cementerio, se percató de que un chico apuesto de mirada alegre y de pelo castaño la observaba como si ya se conocieran. Hipnotizada por su belleza, le correspondió el gesto mientras el joven se le acercaba. Se sonrieron y, ya de frente, no podían decirse ni una palabra. Al chico se le cayó repentinamente una pequeña esfera de color blanca que parecía una perla. Genevieve inmediatamente la recogió y se dispuso a entregársela. Pero el joven le dijo que mejor se la devolviera al siguiente día, en el parque del centro de la ciudad.

Aquella noche Genevieve no pudo dormir por el constante recuerdo de la cara del chico afuera del cementerio. En su mente estaban sus inmensos ojos color chocolate que le ponían los nervios de punta, su cabello negro como el azabache que electrizaba su estómago; y, por último, su sonrisa cándida que la hacía suspirar en cada instante entre la oscuridad de la habitación y la luz de la ventana.

Al día siguiente, Genevieve y Alejandro se encontraron de nuevo. Poco a poco, con cada salida y momento que compartían juntos, empezaron a enamorarse. Recorrían las calles de la pequeña ciudad y visitaban el

cementerio donde se encontraban sus ancestros. Lo hacía ella no sólo con nostalgia, sino enamorada. Luego, durante las vacaciones, se escribieron cartas y el chico le mandó una serenata sorpresa en agosto, que despertó a toda la ciudad. Se enamoraron en octubre y se comprometieron finalmente en mayo, mes en el que se celebró su boda. El vestido de Genevieve fue blanco como la azucena y su pelo rubio como el oro centelló una belleza exquisita que no se encontraba en cualquier lugar. Fue la envidia de todas no sólo por su vestido, sino porque se casaba con el joven más rico de la ciudad, pues éste era el hijo del dueño de una hacienda, detalle que a Genevieve le importaba poco, pues se unía a él porque siempre creyó que fue el hombre que la enseñó a mirar el mundo con otros ojos.

"¡Ah, qué bellos recuerdos!", pensó. Ahora que su marido estaba muerto, extrañaba más sus ojos cafés que le indicaron por más de 50 años que la amaban; extrañaba los besos que la enamoraron día con día y a su compañía que le platicaba noticias y chistes que, por más simples que fueran, la hacían reír. Luego Genevieve se dio cuenta de que todos sus seres amados se habían mudado de la ciudad de los vivos a la de los muertos. Excepto sus hijos y nietos, que vivían lejos de ella, en Nueva York. Entonces rio para ella misma, porque si bien cumplió con su objetivo de criar a sus hijos para que fueran exitosos en la vida, no previno jamás la posibilidad de que la dejarían sola.

Al final, Genevieve volvió al sentimiento inicial de esa mañana. Se sentía desmesuradamente sola. Pero no

era una nostalgia común, como la que sentían los habitantes de las grandes ciudades. Sino una soledad por los que se le habían ido. Por los que finalmente descansaban en paz. Por todos a los que ella sabía que en pocas horas volvería a ver y, así, ya no volvería a sentirse sola. Porque en Laudamia, bien se lo había enseñado su abuela y su esposo, tarde o temprano te esperan tus seres queridos del cementerio.

Hablar de ella

Marian Zaínos

¿Cómo fue?, se escuchó la voz en la penumbra, rompiendo el silencio del cuarto.

¿Fue?, preguntó ligeramente irritado.

Sí, ¿cómo sucedió?, reafirmó el doctor mientras sus ojos pasaban los renglones de los apuntes entre sus manos, gesto que inquietó al paciente.

No hay necesidad de hablar en pasado, sigue sucediendo justo en este momento, mientras hablamos.

Tras esta declaración, hubo una pausa entre los dos hombres. El especialista, quizá confundido, aunque sin dejar escapar la expresión facial que pudiera delatar su perplejidad ante lo que escuchaba, buscó en las notas ilegibles de su libreta algo que le diera una noción de lo que su paciente intentaba transmitirle. Pensó que tal vez, en un momento de distracción, omitió involuntariamente algún giro de eventos en el relato del joven sentado frente a él. No sería la primera vez que, escuchando la historia de alguien más, él se perdiera en un análisis de sí mismo, de sus propios antecedentes.

Luego hubo un silencio más prolongado.

La conversación se reanudó con una pregunta del paciente: ¿Cuándo podré verla?

Confundido por este último par de palabras, el doctor optó por preguntarle a qué se refería.

Sí, añadió el otro, la sigo sintiendo. Nunca se fue porque en realidad nunca llegó, pero aquí sigue, siempre ha sido así. No, no me mires de esa manera, exclamó con impaciencia. Y por favor deja de ver tus apuntes, no hay nada que puedas encontrar ahí que te ayude a comprenderme. No debes preocuparte, pues no has dejado de escuchar ninguna parte de mi historia, has escuchado todo, conforme ha salido de mi boca.

Te recomendaré a un viejo amigo, respondió el especialista, no hemos obtenido los resultados que esperaba en estas sesiones. Luego fijó su vista en la libreta que su paciente también sostenía en sus manos. Él podrá ayudarte, prosiguió, probablemente más que…

¿Ya la has encontrado?, eso sí que podría ayudarme, interrumpió el hombre.

Esas últimas palabras, tan familiares para el médico, lo inmovilizaron como lo había hecho en alguna otra ocasión que, por el momento, se sentía distante y borrosa, pero que lo ayudó a percatarse de algo: la libreta del hombre de cara a él era la misma que él tenía en sus manos; otra vez se encontraba solo, ante el espejo, hablando de ella y sin encontrar respuestas.

El recorrido

Marian Zaínos

Caminé durante muchas horas. Sentía una mezcla de cansancio y emoción. A mi alrededor había muchos árboles que no me dejaban ver a dónde me dirigía. Era exactamente como lo había imaginado tantas veces, mientras escuchaba en clases lecciones de maestros que consideraba inservibles y, en mi casa, regaños que parecían nunca terminar.

Por fin estaba en donde quería, era libre, dejé todo lo que me impedía realizar este trayecto de encontrarme a mí mismo. De pronto la tenue luz del sol que lograba filtrarse entre las ramas de los árboles se extinguió y fue reemplazada por un destello plateado proveniente de la luna, para dar paso a una noche acompañada de estrellas que se podían contemplar sin algún problema.

No creía en mi suerte. Todos los planes de mi vida desembocaban en esto: escapar y por fin lo había conseguido. Ya no tendría que sufrir la monotonía de una vida común, ni seguiría las normas que la sociedad y las leyes imponen a las personas. Por fin era dueño de mi destino, dependería de mí para siempre.

Al reflexionar sobre los factores de mi vida de los que me había librado, me sentí totalmente fascinado por la libertad que me cobijaba. De pronto, sin embargo, mis pensamientos fueron abruptamente interrumpidos y sustituidos por un gran peso en todo mi cuerpo. Fue como si hubieran caído sobre mí sacos de tierra. No sentí dolor. Precisamente de eso se trataba todo. Huí con el objetivo de dejar de sentir y en ese momento el peso fue demasiado que no lo soporté y caí al suelo. En la tierra oscurecida permanecí paralizado. Después intenté explicarme lo que me ocurría y sentí que alguien me sostenía de las muñecas y los tobillos, asegurándose de que no pudiera moverme.

A esas alturas, estaba totalmente invadido por un miedo que no había sentido antes. Mis intentos de recuperar aliento y postura fueron inútiles. Había algo inhumano encima de mí y lo que me apresaba no eran manos, no eran garras, era ausencia de temperatura. Me estaba pasando algo contra mi voluntad y no podía descifrar de qué se trataba. Sentía un vacío sobre mí, irónicamente, pesado. No me molesté en pedir ayuda. Sabía perfectamente que nadie me escucharía. Estaba ya muy lejos de todos ¿No era eso exactamente lo que quería?, estar tan adentrado en el bosque para no escuchar y que no me escucharan, pensé. Y justo en el momento en que formulé ese pensamiento, aquello que me mantenía atado al suelo encontró su camino a mi oído. Depositó ahí sus palabras, provocándome un agudo dolor de cabeza. Su voz no era grave, era el susurro de mi padre, era el llanto de mi ma-

dre, eran voces de mis amigos haciendo preguntas. Todo al mismo tiempo resonando dentro de mí.

¿Por qué lloraban? ¿A qué se referían con esas preguntas? Y fue así que, a modo de posibles respuestas acompañadas de la sofocación, se posaron frente a mí dos imágenes borrosas. La primera era simple, parecía estar relacionada con lo que había escuchado unos segundos antes, en la imagen estaba mi padre vistiendo su mejor traje, y mi madre llevaba una rosa entre sus manos, ambos tenían su mirada fija en el suelo y lloraban inconsolables. En la segunda imagen estaba de nuevo mi padre, pero esta vez su traje era más elegante, estaba también mi madre, pero esta vez no era ella la que llevaba flores en su mano, las llevaba la mujer que despacio se acercaba a mí. Los ojos cristalinos de mis padres me miraban y sus rostros dibujaban una sonrisa que no había visto antes. Fue entonces cuando entendí todo.

Y deseé que mi vida no terminara así. Mis planes no debían desembocar en alejarme de ellos. Sería inútil regresar. Pero debía luchar para zafarme de la fuerza que me apresaba. Luché contra sus tentáculos invisibles y me esforcé en no escuchar las miles de voces y preguntas de mis padres, mis amigos, mi familia y otras tantas personas desconocidas o que apenas reconocía por su voz en medio de aquella noche estrellada. Mi cabeza estaba a punto de reventar. Hice múltiples esfuerzos para liberarme y caí en un letargo y después en un profundo sueño. Al despertar, no supe a quién agradecer.

El reflejo de la sombra

Karla Estanga

Era una persona totalmente repugnante. Su forma de hablar, de caminar y de respirar me molestaban. Aunque nunca habíamos cruzado una sola palabra, sabía que el día que lo hiciéramos yo tendría un desequilibrio emocional. Lo peor es que la encontraba en todos lados, en la escuela, en los pasillos, en las tiendas, a veces en la calle, incluso muy cerca de mi casa.

Soy de las personas que creen que el amor a primera vista se da en algunos casos, como uno en un millón más o menos. Y bueno, como un ángulo alterno, entre ella y yo el odio era igual al amor. Para mi suerte, ambas éramos esa pequeña probabilidad en el millón. Era como si el destino me hubiera elegido para aborrecerla.

Nunca estuve muy segura de si realmente nos conocíamos o no, porque cada cosa que ella decía, yo ya la había pensado antes. Era como si nos observáramos e imitáramos todo el tiempo. Incluso varias veces llegué a percatarme de que en las clases que compartimos me costaba mucho trabajo participar. Justo cuando venía

una idea a mi cabeza, ella ya había alzado la mano para adelantarse o se la había cuchicheado a mis compañeras en los pasillos. Era impresionante la forma en que ella podía decir exactamente lo que pasaba por mi mente o lo que estaba a punto de salir de mis labios.

¿Realmente se puede odiar tanto a una persona?

Esta duda era imposible de contestar, porque de acuerdo a lo que yo sabía del odio, una parte de él se deriva de la envidia y yo lo único que sentía por esa individuo era rechazo. Tenía el presentimiento de que conocía todo de ella, pero al mismo tiempo me provocaba náuseas el imaginar que podríamos tener cosas en común. Era grosera y falsa, incluso pocas veces la llegué a ver acompañada. Sin embargo, no había día que no la viera sonreír y, por muy egoísta que esto suene, me molestaba verla contenta. ¿Qué le daba gusto a la sangrona? ¿Acaso sabía que me incomodaba su presencia?

Me daba miedo compararme con ella. Cada vez que llegué a distinguir que esa idea se acercaba a mi cerebro, recordaba una frase de un escritor europeo que algún día llegué a leer: "Cuando odias a una persona, odias algo de ella que forma parte de ti mismo. Lo que no forma parte de nosotros no nos molesta". Yo no quería formar parte de ella, ni que ella formara parte de mí.

Nunca se lo conté a alguien, ni siquiera a mi almohada. Eso era algo tan personal que ni siquiera mi cuerpo tenía derecho a saberlo. Y aunque no me gustaba mucho pensar en ello, cada vez que lo hacía, terminaba con un dolor de cabeza tan fuerte que, como consuelo, sólo me quedaba dormir para no recordar a tan horrible persona.

Un día de tantos ocurrió algo que me dejó marcada para siempre. Salí de mi casa más apresurada de lo normal para tomar una clase optativa. Era muy tarde y, por lo poco que había transcurrido de la mañana, no parecía que fuera a ser una muy agradable. Mi casa era un desastre, mis padres habían discutido desde temprano, el perro había vomitado el sofá y, por estar limpiando el mueble, mi desayuno terminó quemado encima de la estufa. En fin, salí de la catástrofe y el mundo seguía en mi contra. Camino a la universidad había tráfico en todas las calles y parecía imposible no estar enojada de la manera en la que lo estaba.

Cuando por fin pude librar los carros, llegué al edificio donde se suponía que debía estar veinte minutos antes. Entré al salón sin decir una sola palabra, comencé a tomar nota de lo poco que alcancé a escuchar de la maestra. Y, como si estuviera zumbando una abeja en mi oído izquierdo, volteé para librarme del sonido molesto. Mi sorpresa fue aún mayor al ver en la ventana la desagradable silueta de esa persona. Nuestras miradas se cruzaron y de repente un escalofrío sacudió mi cuerpo. Ahora resultaba que también había elegido una materia optativa justo a la misma hora que yo. Su salón se encontraba separado del mío sólo por un ventanal grande. Eso significaba que tendría que verla ahí hasta que el curso llegara a su fin. Pues no podría aprobar el semestre si no cursaba esa optativa. Cada vez que volteaba a verla, su mirada estaba fija en mí. Como no podía concentrarme en la clase, imaginé que

su mirada seguía sobre de mí y que intentaba adivinar muy bien lo que rondaba en mi cabeza.

¿Por qué me seguía? ¿Acaso tenía que manifestar mi enojo con otros medios para alejarla? ¿Qué no bastaban las caras de fastidio que le ofrecía a la primera oportunidad? Desde entonces, mi animadversión hacia ella creció más y más. Mi humor empeoró y diariamente era una tortura el levantarme para ir a la universidad. Me volví más solitaria: mis amigas dejaron de buscarme porque me decían rara, las peleas con mis padres se hicieron más frecuentes e intensas y, si hablaba del tema de pareja, no había ningún hombre que se fijara en mí, ni siquiera alguien que buscara ser mi amigo. Supongo que era por mi aspecto personal. Desde que la conocí, no pasaba ni siquiera diez minutos arreglándome, porque la imagen de esta persona invadía mis pensamientos cada que se me ocurría dirigirme al espejo. Era realmente impresionante lo negativo y oscuro que me causaba. Nada me hacía entenderlo. Y por la forma en la que me miraba, era indiscutible que yo también le causaba algo a ella.

Unas semanas después, mientras atravesaba el pasillo para llegar al aula, pude sentir cómo una mano me empujó. Choqué con el cristal y caí a las escaleras. Cuando desperté, me encontraba en el hospital con una venda enrollada en mi cabeza y un dolor insoportable me tenía en cama. Me paré como pude y me dirigí a la sala de espera. Supuse que allí estaban mis padres. Pero descubrí que fue un total error el haberme puesto en pie. Al no encontrarlos, busqué algún médico o enfermera.

Mientras caminaba por el pasillo, en la ventanilla lateral miré otra vez a esta persona. Pude sentir cómo mi cara se ponía colorada, cómo la sangre caía de mi cabeza hasta mis talones, cómo las piernas y las manos se me dormían. Y caí al piso de nuevo.

Cuando desperté, me sentía mucho más adolorida. Era un dolor en el pecho y abdomen que no permitía moverme cómodamente, era como si hubiera hecho mucho ejercicio después de las vacaciones. Me encontraba en un cuarto muy claro, había una ventana enorme cubierta por una cortina blanca y las paredes eran del mismo color. Quizás me habían cambiado de habitación. Lo único que había a mi alrededor era una mesa con un estuche negro encima. Sin darle mucha importancia, quise pararme a caminar al baño. Me costó mucho trabajo apoyar mis piernas en el piso. La sensación que recorría mi cuerpo en cada paso era realmente extraño, como si estuviera aún muy dormida por el medicamento y no pudiera controlar algunos de mis movimientos.

Cuando llegué al baño, percibí que no era la única. Escuché un sonido extraño, como si alguien me hubiera llamado por mi nombre. Al girar mi cuerpo lentamente, lo primero que alcancé a ver fue el brillo del estuche negro encima de la mesa. Al sostenerlo en mis manos, pude notar que se trataba de un arma de fuego y esto me asustó más. Era totalmente absurdo que hubiera algo así en un hospital y, peor aún, en mi habitación.

Quise pensar que el mismo medicamento para aliviar el dolor era el culpable de mi ansia y desespera-

ción. Quise pensar que estaba en un sueño y que lo que había en mis manos no era un arma. Intenté calmarme, pero mis neuronas no lograban procesar lo que realmente me estaba pasando. Decidí asomarme desde el marco del baño para ver quién se encontraba en el rincón y, de repente, el sentimiento más despreciable que puede existir en el mundo me invadió. Era ella de nuevo, parada ahí, débil, horrible, egoísta y malvada. Creo que son pocos los desafortunados que llegan a sentir lo que yo estaba sintiendo: un odio extremo. Sus ojos también se llenaron de rencor al verme. Era como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para odiarnos. Y, sin poder pensarlo un segundo, agarré el arma y acabé de una vez por todas con ella.

El fuerte sonido me hizo quedarme sorda. Cerré los ojos y lo único que pude sentir fue cómo mis rodillas caían al piso, a nada de romperse. Cuando aflojé mis dedos, mis manos estaban llenas de sangre y mi madre iba entrando asustaba a la habitación. El techo y el suelo me daban vueltas. Antes de cerrar los párpados por última vez, pude observar que había infinidad de vidrios en el piso de donde me encontraba tirada. Levanté mi cabeza un poco más y quedé atónita: la bala no sólo había atravesado el espejo.

La isla de las siete almas. Variación sobre un tema de Lovecraft

Gabriela Anaya

El cielo acogía al infierno entre sus brazos, danzaba junto a estrellas que esparcían con su luz un apocalipsis prematuro. El acontecimiento sembró los peores pensamientos de quien lo contemplaba: lo infame, la catástrofe, el caos y el fin. Sin embargo, cada espectador quedó intrigado porque las estrellas caídas se dirigían a un punto lejano, difícil de descifrar con la mirada. No hubo daños cercanos, sólo un espectáculo anormal. Al paso de los años, el hecho se convirtió en leyenda, en rumores esparcidos en distintos rincones del mundo. De boca en boca se decía que aquel espectáculo en verdad era una gran estrella que transportaba algo o alguien a lo profundo del océano. Las especulaciones se hacían más fuertes, las creencias irrevocables a pesar de patéticos intentos de ocultar lo sucedido. Al final, como siempre, un humo de ignorancia cubría la historia.

Al reunir lo necesario, decidí viajar porque quería descifrar el misterio de aquella isla. Para no levantar sospechas, me despedí de todos mis conocidos diciendo que quería alejarme de mi realidad por un par de días,

que el océano me calmaba, que me vendría bien salir de lo cotidiano. En mi travesía, me encontré con cosas maravillosas, paisajes celestiales, animales poco vistos. Aunque viajé a solas, la tranquilidad de las aguas me sentaba bastante bien.

Una madrugada, sin embargo, mientras la oscuridad esperaba paciente el saludo de algún rayo de sol, el aire se sintió pesado, la corriente del mar iba del lado contrario y una especie de neblina cubrió el horizonte. Creí, por las aguas turbias, que perdería el control de mí por un instante y no sabría más. Luego todo fue silencio y frío.

Cuando mis ojos se abrieron, mis pies estaban descalzos. Percibí la arena entre mis dedos y me percaté de que no estaba en mi bote, sino en una especie de isla formada por una mezcla de colores luminosos. Al primer paso que di, el ambiente se tornó lúgubre. Creí que el lugar donde me hallaba no era más que otra locura hecha por el hombre tratando de jugar a ser Dios y yo estaba cayendo en sus engaños.

Invadido por la curiosidad, recorrí la isla buscando señales que respondieran mis dudas. Tras unos pasos, encontré señales de vida. Se trataba de una mujer que apenas podía divisar a la distancia. Entre más me acercaba a ella, una sensación desconocida recorría mi cuerpo, como si me diera una señal de advertencia. Al estar casi de frente, descubrí que parecía una de esas criaturas míticas que los navegantes observaban antes de caer ante la destrucción. Una sirena, quizá, si me apuraban a llamarla de algún modo, pues el lugar se llenó de vo-

ces femeninas. En cuanto detuve mi caminata en seco, contemplé más de cerca aquella mujer. Era dueña de un cabello largo color plata, ojos grises como polvo lunar y tenía cuerpo bien esculpido. Su rostro, no obstante, no tenía labios. Lo inusual de sus facciones me obligaron a mirarla, no sé si por curiosidad, por el temor, o porque quería percatarme de que no se trataba de una alucinación provocada por el golpe.

Antes de que yo dijera algo, ella, quizá a través de su mente o de alguna fuerza extraña ejercida mientras clavaba su mirada a la mía, expresó:

—No necesito una boca para emitir mis pensamientos, así me crearon, es una de mis facetas.

¿Facetas? ¿Crearon?, pensé. Y, como si ella supiera las dudas que cruzaban mi mente, añadió:

—Soy un prisionero, un observador pasivo, un condenado que puede contribuir al conocimiento, a la paz. O, si los hechos se oponen, soy capaz de desencadenar destrucción, porque soy más de lo que un espejismo, un sueño o una pesadilla pueden provocar.

Mientras la seguía observando sin entender sus explicaciones, me pregunté: ¿seguro no es un espejismo?, ¿o será una creación maligna o divina?

—No hay tal cosa como la bondad o la maldad —interrumpió mis cavilaciones—. Mi naturaleza es neutral, tampoco soy un cielo o un infierno. Soy espacios vacíos, huecos y otros espacios llenos de vida.

Como sus palabras me hicieron suponer que seguro eran verdaderos los rumores sobre aquella isla formada por estrellas muertas, opté por seguir escuchándola.

—Mis facetas —dijo como si descifrara cómo nacían mis pensamientos— se adaptaron a la naturaleza humana. Son siete, para ser exactos. La primera fueron estrellas fugaces que causaron fuertes reacciones hace tiempo. La segunda, es esta isla que pisas. El océano en este mundo es extenso, me brinda posibilidades de un hogar, un exilio, una máscara inofensiva, lo necesario. Mi tercera faceta es este cuerpo, esta forma humana que miras.

¿Qué hay de las otras cuatro?, pregunté para mis adentros.

—La curiosidad humana siempre les ha causado problemas. Tu naturaleza no te permitirá conocer todas mis facetas, por lo menos no observarlas de manera tan literal. Aun así, intentaré que conozcas la cuarta —dijo y, acto seguido, empezó a cambiar.

La criatura se transformó en un ser enorme de proporciones bíblicas. Sus ojos empezaron a oscurecer, como si en ellos no hubiera alma, y entre su nariz y barbilla nació una boca a la que le brotaron dientes afilados e inmensos. En la parte de las mejillas, unos colmillos gruesos, rojos, le crecieron. Era una abominación. Su cuello escamoso era el de una serpiente, el de un lagarto rojo. Y a sus tenazas, enormes y ásperas como las rocas, le fueron naciendo seis patas. Al observar a la criatura, sólo podía sentir un intenso miedo calando en mis huesos y en lo más profundo de mi corazón. Traté de mantener la compostura, pero las manos me temblaron al igual que el resto de mi cuerpo.

—Esto es parte de mí —expresó—, me crearon así para que el intelecto humano se aterrara al mirarme. Esto

constituye mis otras dos facetas: el miedo, la mentalidad débil me proporciona la facilidad de cambiar acorde a la perspectiva humana, una bestia como ésta, o algo más allá, según los temores de quien me mire. Y, en mi faceta destructiva, así como te expliqué que no necesitaba de una boca para transmitir mis ideas, tampoco necesito de un aspecto tan llamativo para causar el fin de este mundo. Pues la historia de ustedes nos ha enseñado que el hombre por sí mismo se encargará de ello. Mi trabajo sólo es dar el toque final.

—¿Cómo es que puedes presentar una inteligencia mucho superior y al mismo tiempo usar estos métodos para infundir temor?, ¿qué hay de tu última faceta? —me armé de valor para preguntar tartamudeando.

Aquella entidad, en lugar de contestarme, esbozó en su rostro algo parecido a una sonrisa.

—Es el destino que forjamos, es lo que decidimos o lo que otros deciden que seamos. Mi diseño es para estos fines: puedo colmarte de temores que te harían colapsar. Puedo simplemente aparecer en alguna de mis facetas para estar acorde a los pensamientos aun primitivos de tu especie. De cualquier forma, he de lograr mi objetivo.

¿Cuál sería su objetivo? Quizá, pensé, era comunicarme todo esto para que yo después pudiera compartirlo a la humanidad para que supiera la verdad sobre la lluvia de estrellas muertas de hace años y lo que cayó en el océano.

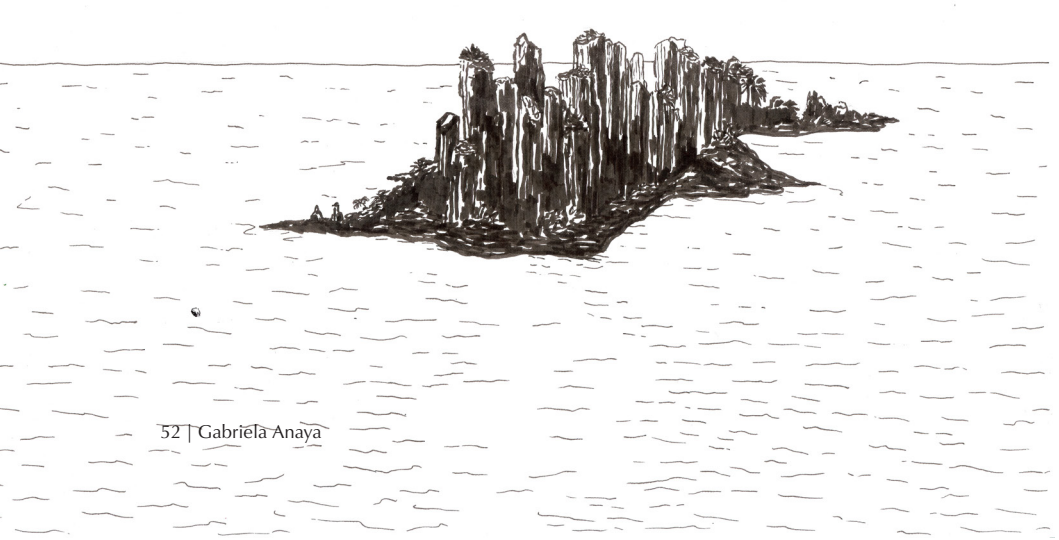
Entonces —interrumpió mis especulaciones— ¿aún quieres conocer mi última faceta?

Inclinando mi cabeza, influido por un miedo cerval, le hice entender que sí.

—Bueno, es de un ser que no se apega a un cuerpo terrenal, pero tampoco a un alma sin remordimientos. Puede ser incomprensible, se puede dejar a una imaginación o que tal vez se descubra, como muchas cosas que se han descubierto en este mundo, algún día. Lo importante sobre mí no es sólo el aspecto macabro o inofensivo que puedo tener, sino todo lo que puedo ocasionar.

—¿Por qué esto no lo han sabido otros? ¿Por qué me elegiste a mí para conocerlo?...

—La mente humana tan cerrada no lo permite —adujo antes de que yo siguiera—. Al ver un aspecto como el mío, empieza a especular, tal como tú lo has hecho desde que me encontraste. Aunque, debo aclararlo, no debes sentirte tan importante: a las personas que han encontrado mi faceta de isla les he hecho saber todo esto como a ti. Sin embargo, no pueden compartir esa información con nadie. Pues, tras enterarse de mi existencia, jamás viven para contarlo.



Navajas

Cordelia Robles

Se había cansado de escribir con lágrimas sobre servilletas usadas, y había entonces cambiado las palabras por rostros felices tallados con cruel precisión en la suave piel de su muslo. Al inicio no eran más que líneas rectas, una tras otra, pero a medida que la sombra devoraba su interior las líneas se habían comenzado a juntar en palabras y formas. Cuando se escribe sobre la piel, han de pasar unas cuantas horas entre el trabajo de la cuchilla —y aquél especial dolor que es más una memoria que el presente— para que los trazos dejen de ser una mancha hinchada de tejido y se pueda distinguir la forma que ha quedado dibujada en delgados hilos rojos.

No lo imaginen llorando en una esquina con una navaja entre las manos, porque así no era como funcionaba. En cambio, piensen en un joven sentado en la obscuridad de su habitación, iluminado sólo por un televisor y la poca luz que se filtra por una ventana, abriendo canales en su piel como si fuera una tarea más que hacer en el día. Vean como el cuchillo gira y sus ojos continúan

clavados en la pantalla. Su rostro es una máscara indescifrable, sus labios se curvan en una pequeña sonrisa pero su mirada está muerta. Imaginen cómo vuelve a cerrar la navaja y con descaro la deja sobre la mesa de noche en caso de que vuelva a llamar. No crean por un momento que derrama lágrimas ácidas mientras traza con la yema de su dedo el contorno elevado de los cortes. No, él se sienta en la cama y observa con detenimiento la forma, recorre las líneas con una sonrisa, esperando que al día siguiente pueda ver su obra en completo esplendor.

Bajo el abrazo de la regadera observa de nuevo sus piernas y sonríe. Sonríe y todo es tan inverosímil, y nada tiene sentido, y nada importa. Nada importa, nada excepto la carita feliz tallada en el muslo derecho, el corazón en el izquierdo; la palabra amor arde cuando el agua caliente hace contacto con la piel aún sensible.

Sale a la calle ocultando su trabajo nocturno bajo pesados pantalones negros, cargando en la mochila libros llenos de escritura ininteligible, servilletas, hojas perdidas, plumas, recibos de tiendas de conveniencia. En la escuela sonríe como si fuera el día más feliz de su vida y todos le sonríen de vuelta sin saber que en la piel lleva escrita la soledad y la miseria como eterno recordatorio de que el pasado está siempre presente. Nadie nota cuando durante la clase de física dibuja sobre su pantalón con un lápiz gastado, los ojos atentos en las fórmulas del pizarrón. Nadie nota cuando desaparece a la hora del almuerzo para sentarse bajo un árbol con un libro abierto y pretende que lee mientras golpea una

y otra vez su pierna, y luego su brazo contra la corteza. Nadie nota cuando regresa sonriente a la clase, haciendo bromas, con las mangas del suéter abajo.

De vuelta a su casa ese día besó a su madre en la mejilla y subió a su habitación. La navaja lo esperaba junto a su cama. Hoy era el último día, después de hoy la cuchilla quedaría oculta en algún lugar donde nadie pudiera encontrarla, envejeciendo, llenándose de herrumbre por los siglos de los siglos, amén.

Cerró la puerta del cuarto y echó el pestillo. La música lo invadió, saliendo apresurada de los auriculares que le impedían escuchar el sonido de su respiración. Abrió la navaja y observó su rostro reflejado en el metal. Sonrió y bajó sus pantalones hasta las rodillas. Escribió poemas en sus piernas, poemas y palabras inconexas, y perdones y agradecimientos. Las letras se alzaron y aplaudieron su valentía. Subió sus pantalones, miró a la puerta cerrada y respiró hondo. Levantó las mangas de su camisa hasta arriba de los codos y pronto las líneas se convirtieron en promesas y disculpas y canciones.

El edredón blanco se había teñido de rojo.

Dibujó dos profundas sonrisas en cada muñeca y trató que su rostro llevara la misma imagen. Deseó que cuando su madre tocara la puerta para llamarlo a la comida él ya estuviera al otro lado de la inconsciencia. Sonrió y cerró los ojos mientras la sangre se derramaba apresurada; la nota suicida había quedado escrita en la piel para jamás ser leída.

Goteras

Cordelia Robles

Estaba sentado en la sala de su departamento —con un libro entre las manos y los pies sobre el sillón— cuando escuchó la primera gota caer sobre un plato sucio que había dejado dos días atrás en la mesa.

No se había dado cuenta cuándo había comenzado a llover. Tal vez en algún punto entre la mañana y la noche el cielo había cambiado su humor, aunque no estaba seguro si era de noche o de mañana porque las cortinas estaban corridas y no había salido —ni siquiera al pasillo— desde hacía tal vez tres o cuatro días. Eso tampoco estaba muy claro, aunque era algo menor entre el caos inconsistente en el que se había convertido su cerebro.

Ignoró el chapoteo del agua que continuaba cayendo sobre el plato con huesos de alitas de barbacoa, acumulándose en un charco maloliente color rojizo. Se concentró en las palabras que salían de las páginas como palomillas revoloteando alrededor de un foco a punto de apagarse, tratando de ignorar el plip plip plip

insistente de la gota al caer sobre la cerámica, incapaz de levantarse a limpiar el desastre. El ruido de la calle no llegaba a sus oídos.

La segunda gotera empezó a caer —justo cuando iniciaba el capítulo 19— sobre un par de pantalones tirados junto al minibar que utilizaba como refrigerador, pero el sonido era menos incómodo al estar apagado por la mezclilla. Agradeció que hubiera caído exactamente sobre ellos, porque ahora no tenía que preocuparse por lavarlos. Incluso pensó en recoger los calzoncillos y calcetines acumulados bajo el piano y aventarlos sobre los vaqueros, ahorrándose por completo el viaje a la lavamática.

La tercera no era tanto una gotera sino un delgado hilo de agua que se escurría por la pared norte, empapando el papel floreado que alguna vez había sido blanco. Dio vuelta a la página sin importarle que la asquerosa agua de barbacoa hubiera llegado a la orilla del plato y se derramara por el suelo. Los pantalones estaban empapados, y él se reacomodó en el sillón.

Alrededor de la casa habían surgido nuevos torrentes. Un chorro constante de agua había empapado la almohada, una pequeña gotera caía sobre el centro de la cama, y la humedad se filtraba por las paredes, haciéndolas llorar y escurrir. El piso se había convertido en una llanura cubierta de lagunas que iban creciendo a medida que el líquido se acumulaba y más derrames se abrían paso en el techo.

El libro no era muy interesante, era de hecho bastante aburrido y estaba mal escrito, pero le habían dicho

que tenía que terminarlo a toda costa, que valía la pena esperar al final. Iba en el capítulo 23, y el libro era una mierda; siguió leyendo, aun cuando el agua había llegado a cubrir en una fina capa el piso de todo el departamento. Al menos podía tener por seguro que la ropa interior atrás del sillón se lavaría ese día.

Estaba lloviendo en el comedor.

Había una tormenta en la recámara.

Caía un chubasco sobre la página 324.

Las letras se empezaron a escurrir de la página, la tinta corría en ríos negros y dejaba las hojas en blanco mientras el agua —que ahora le cubría los codos— se enrarecía con las palabras perdidas de un libro escrito por un autor a quien el destino de sus personajes le era indiferente; un cruel escritor glorificado por un par de historias exitosas entre el mar de incongruencias y basura barata, plagada de tramas aburridas y repetitivas.

El agua le llegaba al cuello. Un par de pantalones pasaron flotando junto a su cabeza, cerca del televisor nadaban un par de hojas arrancadas de un cuaderno y tres plumas agotadas, una fotografía arrugada bailaba cerca de sus rodillas, y una botella vacía de Seconal se hundía a un lado de la cafetera. Su rostro estaba empapado y la tormenta no parecía tener fin, el libro estaba sumergido y era difícil leer las páginas vacías a través del líquido que había tomado un color pardo.

Llegó al final; la última página era legible, las letras incrustadas en el papel blanco. Leyó las últimas palabras con detenimiento, asintió con la cabeza, cerró el libro y lo dejó irse flotando.

"Definitivamente una mierda," le dijo a nadie, y se puso de pie.

Se abrió paso hacia la ventana entre los platos flotantes, los calzoncillos sucios y los recibos que se habían acumulado junto a la puerta y ahora recorrían la habitación con un lento nado. Corrió las cortinas. Afuera, una pareja caminaba por la acera riendo, una señora sacaba a pasear a su perro, un camión se arrastraba en la acera caliente, un joven ataba las agujetas de sus zapatos verdes junto a un poste; todos continuaban con su vida como si no hubieran recibido la noticia de que llovía.

Cerró los ojos, se recargó contra la pared, respiró profundamente y contuvo el aliento mientras la marea subía y lo cubría por completo.

La prometida del general

Jorge Martínez Durazo

Recién venía entrando a mi oficina cuando los pendejos del cabo Ramiro y el cabo Justiciano me sorprendieron con la noticia. Los miré detenerse en el umbral de la puerta y decir: "¡Mi General!, respetuosamente, vengo a informarle que se metió una *nauyaca* debajo de su cabaña y estamos tratando de sacarla antes de que haga nido".

¡Estos pendejos insolentes!, pensé. Y, al mirarlos, me asaltó el pensamiento de cómo ser soldado parece más que un oficio: un grupo étnico de una clara procedencia geográfica, como si se tratase de samoanos o daneses; la tez morena y carbonizada por el sol, el cuerpo macizo y abultado, el copioso sudor, el limitado vocabulario y entendimiento, la invariable baja estatura como árboles privados de luz. Agarré aire, me senté en el escritorio y fijé los ojos en los documentos apilados encima del mueble devorado por la humedad. Sin prestar mayor atención a sus palabras, despaché a ambos con un "váyanse a la chingada" y noté que Ortiz esperaba quieto en la habitación.

El pueblo de Villa Flores se encuentra en la parte profunda de la selva lacandona en el estado de Chiapas. La mancha urbana se asomaba tímidamente entre la basta vegetación. El lugar es pequeño y la gente es simple y distante. El destacamento militar se localiza al final del pueblo y el camino a la unidad está dominado por árboles y torres de electricidad, que parecen gigantes de metal abriéndose paso por la maleza. Aquí la vida es tranquila y, a veces, demasiado sosegada, casi irrelevante. Las noches en Villa Flores son calurosas y transcurren lentas entre el bullicio de la selva y el murmullo permanente del voltaje pasando por las torres de electricidad.

No hace mucho tiempo yo estaba mejor. Mucho mejor. Finalmente había llegado a la grande. Después de veintidós años de perrearla, había conseguido llegar a donde quería. Allá, en la capital, está todo. Mi nuevo puesto me permitía estar bien con los "buenos" y se rumoraba que, de todos generales de división, yo era el más "secretariable". Y si el nuevo sexenio me favorecía, entonces ya la habría hecho: estaría donde está la lana, donde uno nomás dice qué se debe de hacer con ella. Tendría para mí la teta más nutrida y de ella manaría el más delicioso néctar. Las cuatro estrellas encima del águila, el General Secretario. ¡Sí, así sería! Pero se fue todo al carajo. Al final y después de todas las promesas, el puto de Meneses había sido el bueno. Con su elección, se había esfumado el delirio de un abundante porvenir. Semanas después, me habrían de sacar de la *capirucha* para mandarme a la chingada. Eso es lo que era Villa Flores… ¡la chingada!

Y si hablamos de esa palabra, también Gloria me mandó a la chingada cuando finalmente accedió a formalizar nuestro divorcio. Ella había sido mi mujer durante veintitrés años, pero con el tiempo se había hecho quejumbrosa, dependiente a mí e inestable. Al principio nos separaban los horarios dispares: ella con los niños y yo en el trabajo; ella de vacaciones con su familia y yo operando en la montaña; ella en los partidos de las escuelas y yo preparándome para la promoción. Rumbo al final de nuestro matrimonio, cada quien ocupaba un cuarto diferente y tenía una vida distinta. No digo que hubiera sido el esposo perfecto, pero sí intenté que a ella y a los niños no les faltara nada. Así que ahora que Arturito y Fabiola habían crecido y tomado sus caminos, a Gloria y a mí sólo nos había quedado la sociedad de los bienes y la costumbre de estar juntos.

Desde entonces todo había pasado rápido, casi fugaz. Como sucedió el día que Fernanda entró a mi oficina con la cara desencajada. Por un momento pensé que se le había muerto algún pariente importante. Era raro verla con ese talante. Toda ella —su tersa y morena piel, su escote profundo y embriagante, sus expresivos ojos castaños, sus caderas cálidas y firmes— producía ansiedad y codicia. Ya no estaba tiernita, pero los años le daban el lustre que sólo el marfil y la obsidiana adquieren con el tiempo. Se me acercó y me extendió un documento que leía: "Con fecha 1 de Marzo, el General de División Arturo Cervantes Gastelum, Diplomado de Estado Mayor y miembro del Consejo Marcial del

Heroico Cuerpo Militar, causará baja de la Heroica Escuela de Guerra en la ciudad de México. Causando alta en la 47va Unidad De Reconocimiento en Villa Flores, Chiapas, con fecha 5 de Marzo". Quien firmaba era el general Sebastián Meneses Rocha, diplomado de Estado Mayor. ¡Un hijo de perra! La suerte estaba echada y Meneses había salido ganando. La decisión me confiaría a un destierro sin retorno. Desde siempre había sido de esta manera, pa' arriba o pa' afuera.

Yo estaba ya muy viejo y correteado para andar con esas pendejadas, pero también tuve que hablar con Fernanda. Era mi asistente en la capital y ella siempre andaba con que: "General, le traje un juguito de naranja con toronja para el colesterol, ¿General, se quedará a cenar o le hago una reservación? General, viene la gente de presupuesto para acá y me tomé la libertad de llamarle al pagador y al contador para que estuvieran en la línea por si los ocupa". Se rumoraba que el pendejo de Ávila, mi antecesor en el puesto, había dejado su esposa a causa de ella. A mí eso me tenía sin cuidado. No era el primer cabrón que metía el chile a la nómina. Al contrario, ¿a quién le dan pan que llore?

No pasó mucho tiempo para que esos abracitos de buenos días y de despedida, esas blusas voluptuosas y ajustadas, esos choquecitos accidentales maniobrando por la oficina y esos arrumacos festivos se transformaran en un deseo incandescente, una avidez animal por poseerla. Sin embargo, confieso que tenía temor de que, llegado el momento, cuando todo estuviera en la raya y

nos halláramos desnudos en la penumbra, terminara yo deponiendo la bandera en son de paz, sin jamás haber estado a toda asta. No es que me pasara seguido. Pero sí me ha pasado alguna vez. ¿A quién no se le ha encasquillado el arma?

Un buen día, al verme saturado de trabajo, Fernanda, vestida con minifalda y enseñando el escote, se ofreció a quedarse más tiempo para ayudarme. Al principio su ayuda consistió en darme un masaje. Yo estaba agitado y, sobre todas las cosas, ansioso porque nomás no paraguas. Luego mi buena estrella y mi bendita ineptitud con las computadoras nos condujeron hacia mi privado. Era el momento atesorado y yo había dejado de preocuparme. Sin contemplaciones, la pasé por las armas no como lo haría un teniente a su tropa, sino como lo hace un verdadero general.

En ese entonces Fernanda tenía un novio que trabajaba en una empresa de mercadotecnia, me platicaba que él era frío y distante y que estaba siempre absorto en el trabajo. Mientras, ella y yo en la oficina, en hoteles de cinco estrellas, en el estacionamiento del trabajo y hasta en algún descanso en carretera, parecíamos burritos en primavera. Luego se vino la chingada y había que echarle huevos. Así que, sin más, le llamé y le dije: "Ya sabes que me voy para Chiapas". La línea se volvió sorda y después vino un ajá. Añadí: "Si te vienes conmigo, me ocuparé de ti". Me contestó que nunca había vivido fuera de la capital, que no confiaba en la comida de los estados sureños, que el sol allá era más agresivo. Quise

convencerla: “Chiapas es bonito y hay playa a hora y media del lugar”. Sentí la línea sorda como si el asnero quisiera jalar agüevo al burro desobligado. Y, más decidido, agregué: “Allá llegarás como la prometida del General. Me voy pasado mañana a las 0900. Si te interesa, te veo aquí antes de esa hora”.

Así fue que me la traje a vivir conmigo para acá. Como buena citadina a Fernanda la agobiaba el clima, la fauna, la gente y la vegetación y no disfrutaba estar a solas en la cabaña. Esa estancia era un arreglo temporal, mientras habilitaban una casona de comandante que había en las orillas del pueblo. Cuando se enteró de los problemas con las mordidas de víbora, se metió a la computadora y me enseñó lo que decía: “La terciopelo o *nauyaca* (*Bothrops asper*), que en náhuatl significa Alma Partida, es una especie de serpiente crotalina venenosa. Es grande y es la principal responsable de incidentes por mordeduras de serpiente dentro de su zona de distribución. Su veneno tiene un efecto paralizante y le permite atacar a sus víctimas en varias ocasiones”.

Después de su hallazgo, Fernanda a cada rato me preguntaba si uno puede tener el alma partida, y le preocupaba que una víbora la fuera a morder cuando estuviera en el baño, en su momento más vulnerable. Yo tenía mucho trabajo y no estaba para tanta mamada. Así que le pedí al subcomandante que comisionara a su esposa y a un teniente para que le enseñaran a mi prometida el lugar y sus alrededores, sin reparar en gastos. Luego estuve atareado con la chamba, había una

gavilla en la selva que tenía asolados a los cafetaleros y nos estaba costando trabajo dar con ellos. Les quemaban las cosechas y secuestraban a las mujeres de los empleados. Los hacendados eran migrantes alemanes de segunda generación y tenían una fuerte influencia en la capital del estado. La gente del gobernador ya me estaba presionando, así que me tuve que ir a operar a la selva hasta dar con ellos. Estuvimos cuarenta días peinando las localidades cercanas a la selva y, cuando los encontramos, sólo hallamos a unos chamacos enervados por el alcohol, las armas y la pobreza. Uno de ellos dio pelea, tenía la voluntad de morir y el fuego cruzado lo alcanzó en un dos por tres. No se podía correr el riesgo de dejar cabos sueltos, así que hubo que despachar al resto. Lloraron todo el pinche tiempo y hasta pidieron disculpas por sus mamadas. Pero mi batallón cortó los cuerpos y enterraron los restos con los de animales en un caldo de amoniaco y cal para evitar los reclamos. Fue un trabajo bien hecho, no como los que hacen los pendejos de la federal o los narcos, dejando rastros de cuerpos quemados y partes mutiladas por todos lados, como si les gustara presumir su ineptitud. Si no es a esconder cuerpos, ¿a qué se dedican esos pendejos? Durante ese tiempo Fernanda me llamaba al teléfono satelital y me preguntaba que cuándo volvería al pueblo. Al principio me describía cómo andaba vestida y la lencería que andaba estrenando. Luego, al sentir mi dilación, empezó a decirme que se sentía sola y me reclamaba que no estaba cumpliendo lo que le prometí. Incluso llegó a comparar-

me con su novio de la capital. Y eso me caló, porque yo era el General. Cuando terminó todo, dejé a la partida levantando y decidí apurar mi regreso.

A Villa Flores llegué aún vestido de civil, porque cuando uno opera no es bueno que te vean con el uniforme. Le pedí al chofer que me llevara a comprar unas pinches ramas de esas que les gustan a las viejas. Tras cruzar un par de calles y una avenida, se estacionó en un puesto que estaba frente a un restaurante, tenía la fachada en la calle principal y estacionamiento por la parte trasera. La florería tenía unos grandes tulipanes y decidí llevarme dos docenas. Pagué con un billete de 500, es lo único que traía y le dije al prieto que se quedara con el cambio. Desde donde estaba podía ver a través de las ventanas el interior del comercio y la parte trasera del estacionamiento. Miré al interior del restaurante y, para ser un jueves, estaba concurrido. En el estacionamiento posterior había varios vehículos, uno parecía estar esperando por comida y el otro se veía una pareja muy cariñosa platicando: el hombre hacía ademanes y ella le tomaba la cara y se la acariciaba como si fuera su bebé. Al salir de mi letargo, encontré en el cristal del inmueble mi reflejo: un viejo vestido de shorts con camisa, su cabello era tan blanco como escaso y su cuerpo revelaba los estragos del tiempo y la gravedad; sujetaba, vergonzoso, unas flores ajenas. Tomé mi cambio y me encaminé pensando en no haber visto antes tulipanes así de blancos como mi cabello. Los nervios se me crisparon y mi respiración se agitó. ¿Esa pinche vieja podría ser Fernanda?

Di media vuelta y regresé al restaurante, el vehículo de la pareja comenzaba a dar reversa. Me apresuré. Tenía que saber si lo que había visto era un engaño o un reclamo de mi conciencia. Crucé el restaurante y, mientras el carro se enfilaba a la salida, salí por el umbral de la puerta trasera. El reflejo del sol me dio de lleno y la luz me cegó. Tapé mis ojos como pude y miré al interior del vehículo. La mujer iba de espaldas a la ventana mirando al chofer. Luego se inclinó como si estuviera buscando algo en la palanca de velocidades. Mientras, el cabrón sonreía y le acariciaba la espalda. Las piernas me fallaron y sentí la misma náusea que cuando vi por primera vez un cuerpo siendo mutilado. El vehículo aceleró y se perdió entre las calles. Me derrumbé. En eso un mesero se acercó, me preguntó si me sentía bien y me extendió los tulipanes. Los había tirado en la entrada del restaurante sin darme cuenta.

Regresé al carro y le ordené al chofer que le diera en chinga para la unidad. Llamé a mi ordenanza y le pregunté si la señora había pedido el carro. Me respondió que la señorita había salido desde la mañana y no tenían noticias de ellas. Quise tranquilizarme, pensar como el General. Pero después de la carrera, con el pulso acelerado, bajo un sol rabioso, no había podido cerciorarme de que Fernanda de verdad fuera la del carro. Al cabo de un rato regresó el ordenanza y me dijo que la señorita, perdón, la señora Fernanda estaba afuera buscándome. Antes de salir, le pedí al hombre que trajera al capitán Ortiz al despacho.

Salí a verla al carro y se veía tan radiante y plena como siempre. Me besó, me dijo que me había extrañado y me preguntó a qué horas había vuelto. Me pidió que nos fuéramos a la choza a descansar. "Te ves pálido", me comentó, "te hace falta un masajito". Sentí su piel de obsidiana en mi cara. Pensé en los años que estuve con Gloria y en todas las mujeres y lugares en los que le fui infiel. Pensé en el tiempo que llevaba sin ver a Fabiola y a Arturito, en el putito de Meneses y sus cuatro estrellas, y en cuerpos nadando en cal y amoniaco y a mi batallón fumando frente a ellos. Le contesté que estaba bien, que tenía un poco de trabajo, que se fuera adelantando y yo llegaría en un rato a la cabaña. Y nos despedimos con un beso.

Esta tarada cree que soy su juguete y me va a traer de su pendejo. La estúpida no sabe que se metió con un cabrón de mando. ¿Que qué chingados lo hace a uno General? Los huevos que el resto de los cabrones no tienen. El tipo de huevos que te toman años en desarrollar, de los que se ocupan pa' tomar las decisiones difíciles, las que nadie quiere tomar, y hacerlo con el pulso firme, sin que te tiemble la mano. De los que se templan a base de sacrificios, haciendo tantos como sean necesarios para llegar hasta aquí. Para aspirar a la grande. Eso es lo que Fernanda no sabía, lo que no pensó cuando se fue de putita y me dejó expuesto como un anciano pendejo. Ya había visto antes a ese tipo de cabrones calientes, idiotas que llegan al grado y acaban con sus familias para fugarse con una enfermera o una secretaria a la que

ni siquiera pueden responderle bien. Pasan sus años de retirados lidiando con escuincles ajenos y soportando parejas absurdas, contando historias que nadie quiere escuchar. Almas en pena que se arrastran, como el blandengue que estaba en el cristal del restaurante, sujetando los tulipanes. Regresé a la oficina y afuera la noche era húmeda y sofocante, como si encima de este lugar, de esta pinche coladera del mundo, alguien hubiera colocado un pesado cobertor.

Al llegar al recinto, los cabos Ramiro y Justiciano me asaltaron con no sé qué idioteces de víboras y pendejadas. En este tipo de situaciones el instinto no falla y el mío me decía que había sido la pendejita infiel. Habiendo despachado a los incompetentes, recordé que Ortiz esperaba quieto en la habitación. El Capitán Ortiz era un pelado de unos veintitantos años, moreno, bajito y grueso, pero no gordo. Su cara era atenta y solemne, con ojos fríos y anhelantes, como un depredador agazapado antes del ataque. Este güey era un gafe de los chingones, de las fuerzas especiales que no tienen alma o memoria y son capaces de cualquier cosa mientras exista una orden que lo justifique, sobre todo si es la del General.

Le pregunté a Ortiz si podía contar con él para un encargo especial y me contestó: "Usted ordene, señor". Le dije que necesitaba su lealtad incondicional para esta tarea. Se detuvo un segundo y con una voz tenue me replicó si tendría que ver con la señorita Fernanda. ¡El pendejo sabía! Y de seguro habría más cabrones que sabían. Pero en esta tierra yo hago lo que me pegue mi

puta gana y, si alguien chistaba, le tocaría por la derecha. Así que le contesté que sí, que tenía que ver con la señorita Fernanda y me repitió en un tono firme: "Usted ordene, mi General". Repliqué que si ya sabía la razón, él decidiera un castigo correspondiente. Y, antes de que saliera Ortiz de la oficina, sentencié: "¡No deje cabos sueltos!". Asintió y salió del despacho. Por la ventana pude ver su negra silueta perderse en la penumbra de la selva y al fondo, entre maleza, tintineaba la tenue luz de la cabaña.

Dos horas después regresó Ortiz. Estaba recién bañado y vestía un traje deportivo. Se me acercó enfático en la pieza y me dijo: "Ya quedó, mi General". Le pregunté que si había sido limpio, y asintió sin dudar. Después quise saber dónde había quedado el cuerpo. El hombre me miró, dejó pasar un silencio y sentenció: "Es mejor no saber, mi General". "¡Déjate de mamadas!, capitán", contesté, ¿dónde la pusiste?". Y, sin más, respondió: "La enterré viva debajo de la cabaña, mi General". Le ordené que armara una maleta con su ropa, que tomara de su bolsa la tarjeta y comprara un boleto a la capital. "Cuando acabes", dije, "paga comida y víveres con la tarjeta y quema el resto de las cosas hasta las cenizas".

Las últimas noches han sido más húmedas y pesadas, seguido me despierto del sueño sudoroso y pestilente. En la penumbra, me parece escuchar que algo se arrastra debajo de la cabaña. Al principio creí que era el alma jodida de Fernanda, diciéndome con su carita traicionera: "Déjame te doy un masajito". Pero después empezaron

a surgir casos de pobladores muy cercanos a la cabaña que eran mordidos por las serpientes y uno que otro de mi batallón también fue alcanzado por los colmillos venenosos. Por eso, con fecha primero de septiembre del año en turno, pedí mi baja definitiva del ejército y de esta puta vida de exilio. Me retiro de lidiar con estos retacos sin patria, de perrearla para hacerla en la capital, de corretear putas frustradas y de habitar la chingada.

Antes de irme de Villa Flores, la casona de comandante estuvo terminada, así que habilité la cabaña como enfermería. Para eso hubo que tirar chapopote en el piso y sellar con bloques y cemento los cimientos. Comentan los soldados que cuando estaban vertiendo el alquitrán por debajo del inmueble, vieron resplandecer, desde el fondo de la choza, los grandes ojos amarillos de una *nauyaca*. Después observaron al animal, ágil y poderoso, arrastrarse lejos del recinto. Dicen que huyó tan rápido como un suspiro que se lleva el viento, como si llevara el alma partida y, después, obedeciendo mi incuestionable voluntad, sellaron el perímetro de la cabaña con cemento.

Lara y el Negro

Y. V. Arballo

El Negro llegó de repente a nuestras vidas. Apareció así nomás en el depa de Lara y todos lo aceptamos sin ningún reparo. Era evidente que la flexibilidad de sus músculos trabajados y el lustre de su piel habían hechizado a nuestra amiga. El Negro se apoderó del lugar. Se movía de una habitación a otra como dueño absoluto del espacio y de la gente.

A todos nos sorprendió que Lara, quien después de la pérdida de su novio el poeta tránsfuga y su perro el Rocco, portaba su soltería —no así su castidad— con una convicción monacal inapelable, se sometiera a las extravagancias y exigencias del Negro. El recién llegado se dio el lujo de elegir a sus amigos y de arrellanarse en el sillón de mimbre de la sala, el preferido por todos. El mueble era invariablemente movido a cocina cuando la compañía nocturna aumentaba. El desconocido se dio la satisfacción de determinar con su mirada penetrante su gusto o disgusto por el Tim el vaquero de Montana, o por el Tony el pintor abstracto. Los señalados con su gesto

de desprecio automáticamente dejaban de ser del círculo encantado de amigos, sin que la anfitriona objetara siquiera su exclusión, a pesar de los años y el vínculo amistoso.

Las tertulias bohemias de la medianoche se redujeron con la aparición del Negrazo en el círculo. Se acabaron los invitados, y los invitados de los invitados, y hasta los visitantes espontáneos no pasaban de la puerta si le desagradaban a él. Lara siempre estaba atenta a sus dictados y deseos. Lo consentía y reverenciaba como a uno de esos dioses egipcios de ébano. Él, muy campante, aceptaba sus mimos y deferencias como si fuera el Señor de la Noche, porque la subyugaba con su sensual andar de pantera sigilosa y con su tiranía de macho alfa. Y no sólo seducía a Lara con su mirada hipnótica. Pues, despistadamente como quien no quiere, las amigas de Lara, en especial su prima Pilar, buscaban el momento, lo incitaban y lo tocaban con disimulo. Le daban bocaditos en la boca y hundían sus manos en su pelo sedoso, con el pretexto de preguntarle ¿qué tipo de shampoo usas? Lara se daba cuenta y se fundía de celos que a duras penas lograba disimular. Algunos de los hombres del grupo criticaban a Lara, comparándola con las esposas medievales serviles y complacientes con su dueño y señor; y otros, la comparaban con la abnegación de la amante dominada por un macho de singular gallardía y prestancia. Todos nosotros cuchicheábamos a sus espaldas juzgando el comportamiento de Lara. Pero aceptábamos con fascinación el encanto del Negro. Su

atractivo había cautivado a una o dos del grupo. En una ocasión Pilar se levantó para ir al baño. Como vio la puerta entornada, se coló a la recámara —en donde el Negro estaba tumbado en la cama— y cerró la puerta. Luego de unos minutos salió componiéndose la blusa, alisando las arrugas de su falda y ordenando su cabello. Nosotros fingimos demencia para que Lara, ocupada en vigilar el horno, no se diera cuenta y armara un alboroto.

El Negro era impredecible, usualmente lo encontrábamos muy acicalado en su papel de anfitrión como si le gustara recibir visitas, sobre todo aquellas amigas que lo acariciaban de más, sin respetar a Lara. Pero hubo noches que no era él quien nos esperaba solícito en la puerta, y hubo otras en las que desaparecía sin explicaciones y todos nos preguntábamos ¿a dónde se iba, qué hacía, en dónde estaba? Sobre todo Lara, angustiada solía sentarse en el sillón a esperarlo las madrugadas. Y cuando el Negro regresaba sin justificación ni pedir perdón, ella trataba de retenerlo en casa: le compraba cosas caras, se esmeraba con arrumacos y caricias. Pero nada: el Negro se largaba con más frecuencia.

El único nombre que le conocimos fue el dicho por Lara, cuando apareció entre nosotros aquella vez por sorpresa: Negro, se llama Negro. Negro, ven acá, acurrúcate a mi lado. Negro, estos son mi amigos. Negro, no me dejes hablando sola, dame un beso. Siempre supusimos que era gringo, aunque no había manera de comprobarlo. Excepto que el depa estaba muy cerca del centro y del cruce de la línea fronteriza.

Poco a poco, sin embargo, las ausencias del Negro se fueron prolongando. Lara trató de retenerlo, de llegar a su corazón por el estómago. Cada vez que la visitábamos, la hallábamos preparándole filete tártaro, paté de anchoas y ternera al horno con un *gravy* delicioso. Pero lo que le fascinaba era el *foie de gras*. Por supuesto, Lara se ocupaba de proveerle sus bebidas favoritas. Este truco femenino funcionó por un tiempo, pues el Negro se puso corpulento y se la pasaba tumbado, como un sultán, por aquí y por allá en su territorio. Principalmente en el sillón de mimbre de donde no se levantaba ni cuando llegaban las visitas. Atónitos, no dábamos crédito a la transformación de ambos, porque Lara, aquella joven mujer de porcelana de Dresden, espigada, talentosa y activa, también echó carnes en nombre del amor y se parecía tanto a su compañía que, de no haber sido negro, ambos hubieran parecido querubines regordetes pintados por Botero.

Las reuniones se siguieron dando, pero el número de amigos disminuía perceptiblemente por mandato del Negro. Los aceptados por él éramos bien recibidos, pero ellos dos, como amantes, no participaban en la tertulia. Lara vivía pendiente del Negro complaciéndolo para que no se fuera y él se regodeaba en su esclava atenta a sus más mínimos deseos. Se le notaba en el brillo de los ojos, semicerrados de flojera y en la sonrisa de pícaro complacido que esbozaba para sí mismo, sin cuidarse de los otros.

Las ausencias nocturnas del Negro cambiaron a Lara. Cierta noche que caíamos en su departamento, la en-

contramos desgreñada, en piyama de hombre, con un suéter enorme cuyas mangas casi llegaban al suelo, y los ojos enrojecidos e hinchados, incluso había perdido el brillo resplandeciente de su pelo. Todo porque el Negro había desaparecido semanas y, cuando regresó, estaba hecho una piltrafa andrajosa y hedionda. Enflaquecido hasta los huesos, golpeado, magullado y con heridas llenas de sangre seca. "¿Qué le pasó?", nos preguntamos. Y muchos murmuraron que quizá se había ido a probar suerte a Las Vegas y que por altanero seguro lo habían dejado así. Durante la convalecencia del Negro lo vimos sólo una o dos veces más. Después nos fue negado el acceso por la propia Lara, a través de una rendija de la puerta. Cosa extraña pero respetable.

Ese hecho motivó a Lara a incubar un plan para retener al Negro para siempre. Se cambió de casa, se fue a las afueras de la ciudad, lo más lejos posible del centro, del bullicio, de la gente y de las tentaciones. Se llevó al Negro convaleciente, quien aceptó el cambio sin opinar. Con la mudanza se acabaron las visitas. Vivían tan lejos que era como ir de día de campo a San Antonio de las Minas. La última vez que los vimos, Lara estaba eufórica con su nueva casa y su jardín de afanes. Pero, sobre todo, creía haber ganado la partida y que él no la dejaría jamás. Sin embargo, mientras nos platicaba lo hogareño en que se había convertido el Negro, gracias al cambio de casa y a su devoción, a todos nos inquietó que haragán como se había convertido, esbozara una sonrisa maliciosa, un tanto burlona, un tanto cómplice.

Nuestras sospechas no fueron infundadas. El Negro volvió a desaparecer tan misteriosamente como había aparecido. Fue una mañana en que Lara había salido a trabajar, uno de los dos tenía que hacerlo. Pues el Negro se pasaba el día echado, ocioso y rascándose la panza. Vivía de la cama al sillón y del desayuno a la exquisita comida, a la que estaba tan acostumbrado. Antes de irse, Lara le preparó sus viandas, porque no quería molestarlo. Así que anduvo en puntas de pies por la casa para no desprenderlo de su sueño. Le dejó listo, responsable como era, el desayuno y la comida. Pues estaría en casa a la hora de la cena. Luego se fue y, al volver tras su cansada jornada de trabajo, lo primero que le llamó la atención fue que la puerta de entrada estaba entornada y sin seguro. Mil cosas le pasaron por la mente, pero mejor prefirió pensar que habían entrado ladrones, a que su Negro había vuelto a irse. Nerviosa, en el patio, se armó con un palo y entró a la casa, que se sentía vacía, pero no encontró nada. La tristeza se apoderó de ella al ver intacto el desayuno del Negro. Su rostro, de por sí blanco, se volvió transparente, y sintió los latidos del corazón como punzadas que arreciaban en sus oídos. Con un hilo de voz empezó a llamar: Negro, Negrooooo, ¿dónde estás? Pero el Negro no estaba. Cuando Lara se dio cuenta de que el Negro se había fugado, se puso como loca, empezó a estrellar platos, tazas y jarrones contra las paredes, estampó las lámparas y las sillas, arrojó por las ventanas libros, ropa, comida que salieron volando hasta la calle. Era tal el escándalo que

los vecinos tuvieron que llamar a la policía. Una de sus vecinas me llamó y me contó lo sucedido. Tras el penoso suceso, busqué a Lara, pero no me quiso abrir la puerta ni contestar el teléfono.

Al cabo de unos cuantos meses, supimos que Lara volvió al depa, en donde todavía vive enclaustrada. Se la vive preparando manjares exóticos, especialmente *foie gras* y todo tipo de suculencias con anchoas. Esperando que un día el Negro salte por la ventana de la cocina, se le restriegue en las piernas, clave sus ojos felinos en los de ella y maúlle un saludo de bienvenida, mientras se acomoda en el sillón de mimbre, su preferido.

La medalla

Y. V. Arballo

Corría el año de 1977 y Tijuana era todavía una ciudad chica. Sin embargo, como desde sus comienzos era moderna, tenía edificios altos y cuadrados. Uno de ellos era la clínica 20 del Seguro Social, recién construido y equipado con tecnología médica de vanguardia. A pesar de su modernidad y de ser nuevo, al entrar al hospital se percibía ese tufo característico de todos los hospitales, del que ningún limpiador logra sobreponerse. Olor a medicamento, a enfermedad, a sangre fresca y coagulada, a sudor putrefacto y miedo, un miedo cerval como el que se apodera de los animales cuando la muerte otea muy cerca. Adrenalina paralizante de músculos y voluntad.

Una noche de esas, cuando el túnel del tiempo se abre para dejar pasar las almas del inframundo a la luz, como un don preciado, María Elena, recepcionista del turno de la noche, se encontraba de guardia. Después de un largo tiempo en el servicio, se había percatado que esos períodos eran cíclicos. Casi había aprendido a

adivinar cuándo se daría una noche así. Dejaba de soplar el viento de súbito y todo se congelaba un instante. Si era invierno, arreciaba el frío; en octubre, espesaba la niebla; y en verano, las noches se trocaban soporíferas: nadie hacía nada, ni las enfermeras, ni los médicos en el quirófano o en los pisos, ni las asistentes aletargadas; sólo vigilaban las manecillas del reloj.

Esa noche era una de esas que se alargan tediosamente. María Elena, detrás de la barrera de cristal que protegía la recepción, vio abrirse la puerta de la calle y por allí entró un hombre mayor. Aun sin ser anciano tenía el rostro moreno surcado de arrugas acentuadas por el dolor, llevaba un pantalón de vestir y suéter delgado sobre la camisa sin corbata, no era el típico paciente de la seguridad social. Parecía un contador o un maestro retirado. Desde la recepción, María Elena lo observó acercarse encorvado y con la mano derecha crispada sobre el corazón. Mientras la escena se desarrollaba en cámara lenta frente a ella, se imaginó que lo habían atropellado. Pero como no vio sangre, pensó: lo asaltaron como a tantos otros en la 5 y 10. El hombre llegó al mostrador, le alargó su tarjeta de citas y le dijo: Señorita, soy cardíaco, acabo de sufrir, ya sabe… y sé que viene uno grande.

La mujer se levantó de inmediato, dio vuelta al mostrador y abrió la puerta que comunicaba la sala de espera con la parte interna. Rodeó al hombre con sus brazos y le pidió que se recargara en ella para conducirlo a uno de los cubículos de atención médica. El hombre aceptó el gesto humanitario de la recepcionista y paso a paso,

sosegadamente, llegaron al cubículo. No había nadie, ni el médico de guardia, ni la enfermera, ni pacientes. María Elena lo ayudó a recostarse en un diván bajo, forrado de plástico café que hacía las veces de cama. Trajo una cobija y lo arropó lo mejor posible. Tomó su tarjeta y se dirigió de nuevo a la recepción, en donde elaboró la hoja de ingreso y empezó a localizar por teléfono al médico de guardia que, aprovechando la soledad del servicio, se encontraba durmiendo en un consultorio vacío. María Elena lo urgió a atender al paciente.

Mientras el médico llegaba, la recepcionista regresó al cubículo donde se encontraba el enfermo y acercó un banco a la cabecera del diván para hacerle compañía. El rostro del hombre tenía un color grisáceo, repentinamente comenzó a temblar como si tuviera mucho frío. Ella trajo una cobija más y, para reconfortarlo, tomó sus manos entre las de ella y le dijo amablemente: Tranquilo, señor, enseguida viene el médico, ya verá, pronto se va poner bien. El paciente guardó silencio, recobró el aliento y contestó: Tengo miedo. Luego fijó la vista en una medalla colgada del cuello de María Elena, que mostraba la imagen de la Virgen del Carmen. El paciente entrecerró los párpados y comenzó a murmurar un Ave María. La recepcionista, conmovida, se quitó la medalla para tranquilizarlo, como lo hubiera querido hacer con su madre, y la colocó entre las manos del enfermo diciéndole: Mire, esta medalla me la dio mi madre, que en paz descanse, pero se la dejaré para que lo cuide, mientras voy a buscar al médico. Y, apretando afectuosamen-

te las manos aferradas a la medalla, salió del cubículo.

Al doblar la esquina, se tropezó con Rita, la enfermera de guardia que volvía del comedor. Le informó la situación, le entregó la hoja de ingreso del paciente y regresó a la recepción. El reloj de pared marcaba las dos de la mañana. La sala de espera continuaba desierta. De modo que decidió bajar a comer su refrigerio. Media hora más tarde, cuando estaba esperando el elevador, se le unió un camillero. María Elena vio la camilla sin colchón y a su compañero. Y, de inmediato, supo su cometido. Aun así le preguntó:

—¿A dónde vas, Arturito?, ¿al tercero?

—No, a Urgencias.

—Estás como loco; ahí no hay nadie. Acabo de bajar y el servicio estaba vacío.

—Pues no sé, voy porque me llamó la enfermera.

—Te aseguro que estás equivocado, vete al tercero por tu carga —finalizó escéptica.

En ese momento abordaron juntos el elevador. Ella salió en la planta baja, segura de que se trataba de una equivocación, pero con un nudo en el estómago. Antes de llegar a su escritorio, entró al área de atención médica y se topó con Rita.

—¡Oye! —la increpó—. Arturo venía para acá con la camilla, dijo que tú lo llamaste, pero le advertí que estaba equivocado y lo mandé al tercero.

—No se equivocó, es aquí, yo le llamé para que se llevara un cuerpo.

—¿Cómo? No hay nadie en el servicio, hoy no ha habido movimiento.

—Falleció el señor que ingresaste antes de bajar al comedor, pensé que lo sabías.

María Elena sintió el piso hundiéndose. No lo podía creer. Entró al cubículo en el que, para ella, hacía apenas unos minutos había estado hablando con el enfermo. Y lo encontró amortajado de pies a cabeza. Se derrumbó en el banco que ella misma había acercado para reconfortarlo. A pesar de estar viendo el cuerpo, no lo podía creer: estaba muerto. Impulsivamente tocó su cabeza, su cuerpo y lo notó tibio. Una esperanza ilógica se anidó en su pecho: quizá fuera una equivocación. Se sentó en el filo del diván y, sin saber por qué, tocó los pies del difunto; se percibían afilados en la sabana; estaban rígidos, helados. Recordó creencias supersticiosas como: los muertos siguen oyendo hasta dos horas después de fenecidos. María Elena quiso recuperar la medalla de su madre, pero no se atrevió a desamortajarlo. Le pareció una profanación. Sin embargo, le vino a la mente su madre en su lecho de muerte y prefirió pensar en otra cosa. En eso llegó Arturo con la camilla a recoger el cuerpo y a ella no le quedó más que regresar a su escritorio con el corazón aplastado por la culpa y la tristeza. Pero, a pesar de todo, decidió de una vez por todas olvidar la medalla y pedirle, en silencio, perdón al paciente por no haber podido llegar a salvarlo, como tampoco pudo, en su momento, hacerlo con su madre.

El tiempo pasó y en el servicio de Urgencias siguieron dándose las mismas rutinas. El recuerdo de aquella noche se fue difuminando en la memoria de María Ele-

na, hasta olvidarlo, como se olvidan tantas muertes que pasan a diario en un hospital. Aunque en el fondo de su corazón había quedado un pedazo de pesadumbre, sentimiento confuso que la asaltaba de pronto y le arrancaba suspiros o, a veces, se le anudaba en la garganta y le humedecían los ojos de llanto. Tenía el gesto automático de llevarse la mano a la garganta en donde trataba de acariciar una medalla, que ya no colgaba de su cuello.

Cualquier sala de urgencias de cualquier hospital tiene su propio carácter, un acontecer periódico como la marea. Sin embargo, este comportamiento no puede atribuirse a la Luna. Si acaso existe un factor común, el único posible es el azar. Hay noches que la sala de espera se encuentra repleta de accidentados de toda índole. Noches de exaltación por el olor a sangre fresca de los heridos; la demanda de atención es tal que es necesario el apoyo de médicos y enfermeras de todos los servicios del hospital. Por el contrario, también hay noches en donde impera una quietud desesperante. Tanto la sala de espera como los consultorios están vacíos. Y entonces se atiende a quien llegue, aunque su urgencia sea sólo un aparente dolor.

Llegó noviembre y su viento helado tratando de colarse por cualquier rendija. La noche previa había sido de gran alboroto en el servicio. Varios heridos en accidentes automovilísticos; un grupo de jóvenes balaceados en una fiesta del ejido Matamoros y, por si fuera poco, había Luna paridora en la que ocho de cada diez mujeres embarazadas llegaban con trabajo de parto. Por

lo tanto, la recepcionista agradecía que esta noche fuera la primera de quietud, aburrida ciertamente porque las manecillas del reloj caminaban lentas y la noche se alargaba. María Elena consultó el reloj de pared por enésima vez y se dijo: Van a cerrar el comedor y, si la enfermera no regresa a tiempo, no voy alcanzar a cenar. Distraída como estaba por el letargo de la calma, no vio que la puerta de la sala de espera se abrió silenciosa, dejando pasar una ráfaga de viento que la hizo tiritar y alzar la mirada por encima del mostrador. De pronto un hombre, con apariencia de maestro jubilado, se acercó con paso lento, encorvado por el dolor que se reflejaba en su rostro moreno y arrugado, apretándose el pecho con la mano derecha, como si estuviera lesionado. María Elena se imaginó un sin número de percances que pudieron haberle sucedido, entre ellos que lo asaltaron y lo hirieron. Desde que lo vio, tuvo la extraña sensación de que el tiempo se había detenido, escuchaba la voz del hombre y la suya, como a través de una niebla espesa. Se vio a sí misma salir de la recepción, abrir la puerta de paso, rodear con su brazo derecho la cintura del enfermo para que se apoyara en ella y conducirlo al cubículo, donde lo arropó con una cobija y lo consoló. El hombre le entregó la tarjeta de citas. María Elena salió del cubículo como sonámbula, con la tarjeta en la mano. Tenía la sensación de estar soñando, de haber vivido ese episodio, pero una extraña sensación la hizo apresurarse a hacer su trabajo.

Aturdida se sentó frente a la Remington y, como autómata, metió la hoja de ingreso en el rodillo de la máquina. Estoy soñando, se dijo mientras escribía. No supo cuánto tiempo se quedó ensimismada frente a la hoja de ingreso, hasta que llegó Rita, quien le tocó suavemente un hombro y le dijo: Es tu turno de bajar al refrigerio.

María Elena le preguntó que si ya había atendido al paciente del cubículo uno. La enfermera, sorprendida, le contestó que no, el servicio está solo y en calma. María Elena desconcentrada insistió:

—Acabo de dejar a un paciente grave en el cubículo uno.

—Ya te dije que no hay nadie, ni moscas.

—¿Estás segura?, estaba por sufrir un infarto.

—¡Absolutamente! Te hace falta comer y dormir. Cada vez estás más pálida.

A María Elena esto le causaba enojo. Hacía años, después de la muerte de su madre, en el hospital todos se dirigían a ella, preocupados o a sus espaldas, diciendo: Cada vez está más pálida, necesita darse un break. Esa noche, sin embargo, sólo exhaló un suspiro de alivio, diciéndose a sí misma: qué extraña noche. Retiró un poco la silla y añadió: de seguro me dormí y soñé. Cuando regrese del comedor le contaré a Rita que tuve un déjà vu. Al retirarse por completo del escritorio, de su regazo se deslizó la tarjeta de citas. Al caer al suelo, se abrió por la mitad y, sin explicación alguna, halló la medalla de la Virgen del Carmen, y con ella las últimas palabras de su madre antes de morir, que María Elena deseó haber escuchado.

Los autores

Adriana Morga nació en donde empieza la patria, Tijuana, en el año de 1999. Desde chica ha tenido interés por el arte en distintos ámbitos, pero aún más en la narrativa, también ha tenido la aspiración de ganar premios, ser reconocida y tener una alberca propia para invitar a sus amigos en las tardes calientes del verano. Estudia la preparatoria y sus libros favoritos, que siempre lee entre clases, son: *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen; *La sombra del viento*, de Carlos Ruiz Zafón; y *La historia del amor*, de Nicole Krauss. Si quieres contactarla, puedes hacerlo a través de su cuenta de Twitter: @adrianamorga; o en su correo electrónico: adrianamorgao@gmail.com.

Alondra Deras nació en Tijuana en 1998 y, con un profundo amor, creció dentro de la cultura tijuanense. Actualmente es estudiante de preparatoria en Cetys Universidad. Pero desde pequeña ha trabajado en distintos oficios, como pañuelo de lágrimas, confidente de amores, soñadora impulsiva y recolectora de cartones olvidados. También desde pequeña ha escrito grandes cuentos y siempre ha soñado con publicarlos para que

sus lectores los lean con gusto. Ese sueño hoy se ha hecho realidad gracias a la antología que usted tiene en sus manos.

Marian Zaínos nació en Ciudad Juárez en 1998, pero a los siete años se mudó junto a su familia a Tijuana. Es estudiante de preparatoria en Cetys Universidad. La primera aspiración de su vida fue y sigue siendo la de escribir y, desde que era pequeña, se interesó por la literatura: primero escribiendo historias cortas de temas sencillos de la vida diaria, después empezó su amor por la lectura, actividad que sostiene hasta el día de hoy. La puedes encontrar en su blog idesfogue.tumblr.com, espacio digital donde sube frecuentemente sus poemas.

Karla Estanga nació en Culiacán en 1998, pero el destino y las decisiones de sus padres la llevaron a Tijuana. Actualmente es estudiante de Cetys Universidad a nivel preparatoria y próximamente estudiará medicina. A pesar de su elección para sus próximos estudios universitarios, y gracias a su amor a la lectura y la redacción, dedica su tiempo libre a algo que realmente disfruta: escribir. No necesariamente sobre un tema en específico, sólo escribe. Sus experiencias como estudiante y deportista de alto rendimiento le han permitido soñar con muchos proyectos en grande, pero lo que realmente la hace sentir segura es desahogar sus pensamientos y sus experiencias en un papel al que se le puede confiar todo.

Gabriela Anaya nació en 1998. Desde temprana edad demostró interés en la literatura, sobre todo por la poesía. De niña recitaba poemas para sus padres y para públicos grandes. Le

fascinaba leer y contar historias. Desde entonces decidió tomar la pluma y escribir, a pesar de haberse enfocado más en la oratoria y que la escritura fue un secreto guardado en su pubertad. Al llegar a la preparatoria se sintió alentada por el taller de creación literaria y le nació el anhelo de que algún día pudiera publicar sus escritos.

Cordelia Robles. Tijuana, Baja California, 1995. Estudia la carrera de Ingeniería en Diseño Gráfico Digital en el Cetys Tijuana. En 2003 publicó un libro de poesía del que prefiere olvidar el nombre. Ganadora por Baja California del XII Concurso de Cuento "La juventud y la mar", y becaria desde 2010 del programa Talentos Artísticos de Baja California en la disciplina de artes plásticas. Pasa las horas leyendo, dibujando, escribiendo y viendo series de televisión.

Jorge Martínez Durazo nació en Pachuca, Hidalgo, en 1978. Hizo su debut *amateur* en las canchas de tierra del Aguaje de la Tuna. Pronto despuntó como uno de los cinco mejores jugadores de la unidad habitacional del 5to Batallón de Infantería. Tras su intento fallido de ingresar a las reservas del Club América, incursionó en los estudios preparatorianos, el beisbol, el box, el futbol americano y, a veces, el tenis. De pronto se graduó de la licenciatura en Cetys Universidad, campus Tijuana, donde obtuvo el Premio al Campeón sin Corona del Futbol de Mesa. La vida lo llevó, después, a realizar estudios de posgrado en el ITAM y en Tulane University, en ambas fue descartado de los equipos de futbol por viejo y cochino. En la actualidad ha sido coronado campeón en tres ocasiones

en la liga Interposgraduado de Futbol de Fantasía. De los que se saben, tiene tres hijos y una esposa.

Y. V. Arballo es una mujer que nació en el siglo pasado. Tiene estudios superiores, pero no le importan los grados sino el conocimiento. Es poeta y narradora, buena para las relaciones públicas y la planeación creativa. Es una pensadora y hacedora de proyectos propios y ajenos. Hace 17 años se inició en la docencia universitaria en Cetys Universidad, campus Tijuana. Durante ese tiempo ha desempeñado los cargos como directora y coordinadora de departamentos. Algún día también fue la titular del Taller de Creación Literaria de Poesía de la misma institución. Desde entonces soñó con publicar los trabajos de sus alumnos en un libro similar al que hoy tenemos en las manos.

Antologador

Joel Flores nació en Zacatecas en 1984. Es licenciado en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha residido en España y en la Ciudad de México. Su libro de cuentos *El amor nos dio cocodrilos* le mereció en 2008 la residencia Internacional para jóvenes artistas Fundación Antonio Gala, afincada en Andalucía; su otro libro de cuentos, *Rojo semidesierto*, ganó en 2012 el Certamen Internacional "Sor Juana Inés de la Cruz", y su primera novela *Nunca más su nombre* fue reconocida en 2014 por el premio Bellas Artes Juan Rulfo. Su trabajo ha sido publicado en Estados Unidos por la revista bilingüe *Rio Grande Review* de la Universidad de El Paso, Texas; en Nicaragua por la revista *Carátula*. También ha sido becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en 2007, en la categoría Cuento, y en 2014, en Novela; y en 2015 fue seleccionado por la New York University para ser alumno dentro del MFA del programa Creative Writing in Spanish. Actualmente vive en Tijuana, desde donde escribe para su página personal www.bunker84.com y prepara su segunda novela.

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

Cuaderno amarillo. Antología de cuento del Seminario de Creación Literaria del Cetys *Universidad* se terminó de imprimir en el mes de abril de 2016 en los talleres gráficos de Grupo Comersia, S. A., Insurgentes 1793-202, colonia Guadalupe Inn, C. P. 01020, Ciudad de México. Para su composición se utilizó el tipo Optima. El cuidado de la edición estuvo a cargo del Programa Editorial del Cetys Universidad.
Su tiraje consta de 500 ejemplares.

EDITORIAL CETYS

ISBN: 978-607-96277-7-5

9 786079 627775

CETYS
UNIVERSIDAD